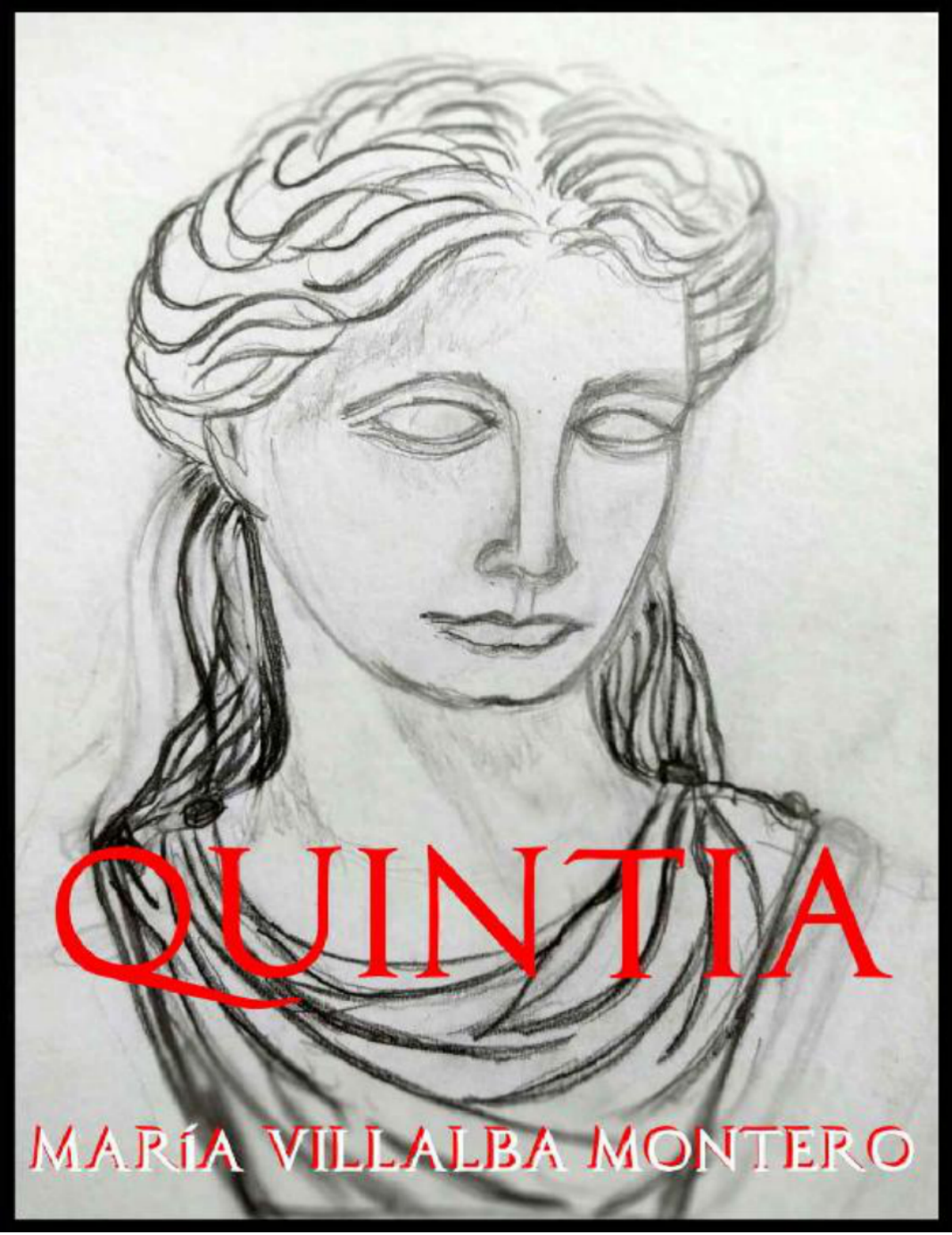
QUINTIA
MARÍA VILLALBA MONTERO

María Villalba Montero, 2.021
villalbamonteromaria@gmail.com
Ilustración de portada y contraportada: Mercedes Montero Vera
Editado por Jesús García García
Publicado en 2.021 en Sevilla - España

A Marta

Este es mi canto al amor y a la tierra, al deber y a la estirpe.
Traigo a mi memoria el mar eterno, inmenso
Con su vaivén que envuelve el orbe
Así como el destino envuelve al hombre.

PRIMERA PARTE

Octubre de 2015

Ahora que mi tiempo entre los hombres está próximo a concluir, me arrepiento de lo que no hice aquel otoño. Mantengo la esperanza de volvernos a encontrar, tal como acaeció una vez, en otro imperio.

Capítulo 1

El Imperio, octubre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Yo, Quintia Flaccina, en la noche de plenilunio, en los idus de octubre, me acuso de incumplir mi juramento ante Venus, presa de una fuerza mayor que los hombres, me condeno al destierro, arrojo lo que queda de nuestro pacto al fuego e invoco a la diosa Fortuna para que guíe nuestro destino.

A esta hora el foro estaba casi desierto, la ciudad despertaba después de una noche estival de sudor e insectos. Me desaté las sandalias que resonaban sobre la piedra y las anudé al cuello. Aproveché para ocultar mi ofrenda bajo mi túnica mientras ascendía por la calle que conducía al templete de Mercurio. Cerré los ojos fuertemente para que entendiera la urgencia de mi plegaria, mi cuello se tensó y un escalofrío recorrió la nuca ante el temor mismo de que se cumplieran mis deseos. La imagen de mi padre se me apareció decepcionado al otro lado de su inconmesurable amor. Deshonraba mi casa y la de mis ancestros. Lo siento, Padre. Susurré arrepentida. Pero elijo vivir.

Entre el tejado del Templo de Podio, tan próximo al del pórtico que rodea el foro, se vislumbraba una hermosa franja de un desafiante cielo azul.

Capítulo 2

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

El sol era cegador, luminoso como siempre lo ha sido en el sur. La frente me sudaba y alrededor de las axilas se había formado un cerco en el chaleco. No me gustaba quitármelo, la camiseta, blanca como todas las que tenía, carecía de bolsillos e incomodaba mi labor. Así llevaba el instrumental (la brocha, la espátula pequeña, el cuaderno de notas, lápices…) y me permitía moverme con facilidad. Pero aquel día recuerdo que tuve que extenderlo en una de las rocas, a la sombra. Bebí un trago de mi botella, aún quedaba una isla congelada, la agité y disfruté de sus gotas a través de mi garganta. Si fuera agua, pensé, me evaporaría ahora mismo y ya no quedaría nada de mí ni podrían hallar resto alguno de mi existencia en siglos venideros. El grito de Elsa interrumpió mis divagaciones fruto de la inminente insolación.

–¡Aquí hay algo!, ¡He encontrado algo! –agitaba los brazos mostrándome dónde se hallaba, desde mi posición apenas podía verla. Rodeé el santuario y me dirigí a las termas, su lugar asignado por el director. Mientras me acercaba, rogué para que su hallazgo rompiera la monotonía en la que habíamos entrado o, debería decir, en la que yo había entrado.

Descendí a toda prisa, tal era mi emoción, resbalé, las terrazas son traicioneras y en unos minutos estaba de pie, junto a Elsa. Y lo vi, allí, brillante, devolviéndonos el fulgor …

–¿¡Una chapa de Coca–Cola!? Todos esos gritos… ¡por una chapa! Casi me mato.

Elsa me miró achinando los ojos y protegiéndolos con la palma de la mano.

–Pero, ¿qué dices? Esto es algo importante, ya verás –esgrimió orgullosa con un rictus de desafío.

Un aguilucho circundaba el cielo rompiendo el horizonte, el sol se iba despidiendo entre las encinas y aumentaba mi tristeza, ¿de dónde vendrá mi cobardía?

Los destellos de la tarde aún se reflejaban en sus cabellos. Elsa, ajena, seguía entusiasmada con su hallazgo.

Apenas habían transcurrido 24 horas cuando nuestro director de excavación nos anunciaba que el vuelo procedente de Berlín, vía Palma de Mallorca, llegaría esa tarde a Sevilla. La directora del Instituto Arqueológico de Berlín, especialista en camafeos del Bajo

Imperio, vendría a recogerlo personalmente para su posterior análisis en laboratorios. Miré de reojo a Elsa y no cabía en su rostro sonrisa más espléndida y contenida. Se la devolví, satisfecho por nuestra complicidad. Seguía preguntándome qué verían estos alemanes que se nos escapara a nosotros.

Capítulo 3

El imperio, febrero del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Corría el mes dedicado a Februo, la ciudad debía necesariamente ser purificada. En casa, como en todos los altares, se instituyeron los sacrificios a los dioses Manes. Por ser mes de días pares fue considerado el más infausto de los meses.

Mi padre es senador de la Bética, Marco Quintio Rufo, provincia senatorial gobernada por un procónsul, elegido entre los senadores que ya han realizado la magistratura pretoria. El procónsul debe engrosar el erario público, administrado por el senado. Pero es el procurador ecuestre quien viene destinado a administrar las minas y cobrar los impuestos.

En nuestra colina todos le guardan un obligado respeto a Servilio Polio, su presencia agita las economías familiares. Aunque está subordinado al gobernador, en la práctica viene directamente del emperador. Mi padre se incomoda cuando se acerca el final del invierno y sus cuentas no cuadran. Se rasca la cabeza, se arranca distraído las cejas hasta que cambia de posición. Mi madre le lleva una jarra de vino caliente endulzado con miel, sin decirle nada posa una mano en su hombro, él la acaricia casi imperceptiblemente, mientras continúa su cómputo. Se levanta de su lugar de trabajo y escudriña las hermosas monedas de plata que tintineaban hace instantes: quinarios, denarios, sobre todo, algún que otro sestercio y ases. Interrogo a mi madre que las observa disimulando su preocupación.

–No te preocupes, Quintia, todo está en orden.

Capítulo 4

Septiembre de 2014. *El árbol del ahorcado*

Cuando el doctor Fuentes terminó de explicarme su diagnóstico, había dejado de escucharlo hacía un buen rato.

–Mire usted, Valerio, la medicina no es una ciencia exacta. Hay personas que conviven con esta enfermedad años; otros, solo meses. No podemos predecirlo.

Del resto recuerdo sus labios moviéndose sin parar como si al doctor le hubieran quitado la voz. Me desconecté. Dejé de estar en el mundo. Vagaba ligero por la habitación como si me hubiese desprendido de mi cuerpo. Observé los diplomas del doctor, el título colgado, la orla en blanco y negro, las fotos enmarcadas sobre su mesa. Un cuadro de un paisaje marino coronaba la calva del doctor. Observé el rompeolas, sus blancos y el movimiento que trazaban mucho más conseguido que el cielo, los cielos son difíciles, pensé.

–¿Me ha entendido, Valerio?

Volví en mí, como si cayera de bruces desde el techo al suelo del despacho.

–No estoy muy seguro, doctor.

–¿Puedo aclararle algo?

–Creo que hoy no, gracias, doctor, muy amable.

Y salí de allí con la esperanza de que todo hubiera sido un mal sueño o la escena de una película. ¿Y si fingiera que aquello no había ocurrido? Sí, eso haría, recogería el traje de la tintorería, compraría una ensalada como tenía previsto, un par de cervezas y mostaza. Tenía antojo de mostaza. Lo había anotado, pero casi siempre olvidaba la nota en casa. Eso haría, recuperaría mi vida, la de hacía una hora. Todo continuaría igual.

Vería una de esas pelis del oeste, donde la vida valía tan poco como la mía.

–*Elizabeth* –un envejecido Gary Cooper la llamó.

Y ella regresó. Sin reproches. Lo había dado todo por salvarlo. Ahora la soga, aliviada del cuerpo, pendía del árbol del ahorcado, evidencia de la oportunidad que les brindaba la vida. Desde el carro, de pie, la miraba con inmensa ternura, le sujetó el rostro, se acercó a la frente que amaba. *"Para vivir de verdad debes morir un poco y eso es lo que me sucedió a mí"* con el estribillo de la última canción y un cielo

de pálidos tonos me quedé sentado en el sofá. Deseoso de quedarme allí con ellos. Para siempre.

Capítulo 5

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

La numismática no era mi especialidad, pero aquel año, en la campaña de 1989 fueron diecinueve los ejemplares obtenidos en las excavaciones, ocho de ellas, anteriores al inicio del siglo II.

–De bronce, casi todas, salvo algún denario, acuñadas la mayoría en cecas locales, comunes algunas a las empleadas en Baelo Claudia. La fuerte circulación monetaria que conoció Munigua en los dos primeros siglos de nuestra era arrojaba datos del funcionamiento de la ciudad –proseguía Schattner muy convencido–, muy interesantes eran las procedentes de la Hispania Citerior, tan escasas en el sur, ¿por qué precisamente aquí? –a menudo interrumpía sus explicaciones para captar nuestra atención.

–¿Por la actividad de la cuenca minera?

–Probablemente, tal como dice Valerio…

No recuerdo el resto de sus palabras, solo que desperté el interés intelectual, ya que no despertaba ningún otro, de Elsa, que asentía mirándome. Me consideraba a mí mismo un hombre inteligente o, más bien, lo había hecho hasta que la conocí. Me hacía sentir torpe, estúpido, incapaz de alcanzarla, presionado por tener que pronunciar continuamente frases agudas, rápidas, interesantes.

–Mira –Elsa me mostró una moneda. Aquella tarde debíamos revisarlas y redactar unos informes.

–*DIVA AUGUSTA SABINA* –leí–, deben ser entonces cercana al 138, acabaría de morir Sabina.

–Sí, Adriano mandó acuñar monedas en cuanto falleció su esposa. Consagrada inmediatamente por el senado, Sabina fue la primera emperatriz Augusta representada como *diva*.

–*Diva* –repetí en voz alta. Buscaba en mi cerebro como si fuera un fichero.

–Bueno, la trayectoria de emperatrices ligadas al culto viene de antes, la unión de esfera pública y privada formaba parte del proyecto del Imperio –Elsa seguía observando con interés cada una de las monedas mientras hablaba conmigo.

–La unión de política y religión no es nueva –reflexioné en voz alta, había localizado la información, por algo me habían dado aquella beca, así que, consciente de que mi única vía de impresionarla era esta, me dispuse a lucirme–. Ya Livia fue nombrada flamínica,

sacerdotisa encargada del culto a su difunto esposo Augusto. Para asegurar su carácter divino consiguió que un senador testificara ¡que había visto ascender a los cielos al mismísimo emperador!

–Su hijo Tiberio se había negado a deificarla, Claudio la deificó y fue considerada *diva* pues.

–Veo que estás puesta en esto –acepté sus mayores conocimientos en este tema, Elsa solía aceptar mejor los halagos intelectuales que los que recibía por ser hermosa, me sonrió algo azorada. –¿Y esta inscripción? –le di la vuelta a la moneda.

–Son los restos de un águila, la apoteosis, Sabina conducida al cielo por un águila, igual que lo fuera su abuela Marciana, hermana del emperador Trajano. Así se reforzaba su divinidad – Elsa continuó explicando.

–Recuerda a una diosa egipcia. El sincretismo religioso fue otra de las acciones del Imperio para integrar a los pueblos conquistados – mi archivador estaba abierto.

–Desde mediados del siglo II se refuerza la tendencia de flamínicas provinciales consagradas al culto de emperatrices divinizadas: Sabina-Ceres, la esposa de Adriano. Asimismo, las posteriores emperatrices, Faustina la Mayor, esposa de Antonino Pío y Faustina la Menor, esposa de Marco Aurelio. ¡Mira este denario de plata!

–FAUSTINA AUGUSTA –leí la inscripción de la moneda que me mostraba–. En realidad, ya lo habían hecho con los emperadores. El culto imperial comienza con Augusto y se convierte en pilar de la religión romana. Los atributos de las deidades pasan a serlo de emperadores y emperatrices, pero ¿por qué importaba tanto en este momento divinizarlas?

–El imperio propugnaba los valores destacados de maternidad, fecundidad y concordia familiar. Era una cuestión de Estado –Elsa no titubeaba en sus respuestas, incluso le cambiaba el tono de voz cuando estaba enfrascada en una conversación que le interesaba.

–Bueno, no es nuevo atribuir esos valores a las mujeres –quise establecer conexiones con el presente, que viera que soy un hombre comprensivo, moderno… qué sé yo, solo quería continuar a su lado.

–Claro, pero con los divorcios, la independencia de mujeres de clase acomodada que renuncian a la maternidad y que quieren disfrutar del ocio y placeres, el modelo de familia se descomponía. Roma temía perder la hegemonía en el Mediterráneo.

–Vaya, las feministas de hoy tienen entonces larga tradición –Elsa hizo caso omiso y continuó.

–Disfrazaban así una clase imperial corrupta e infiel. Se divinizaban unos a otros. Así Adriano, a su esposa y a su amante Antínoo; Antonino Pío, a Faustina la Mayor; Marco Aurelio, a su esposa Faustina la Menor, pese a las múltiples infidelidades. ¡Mira! –se interrumpió a sí misma– el atributo de Ceres.

–FECUNDITAS –leí en el reverso de la moneda que me acababa de entregar–. ¡Y tanto…! parece que Faustina llegó a tener 15 hijos según algunos historiadores –corroboré–. Además ¡qué curiosa coincidencia! Las Faustinas, madre e hija, murieron en la Capadocia.

–Sí, Faustina la Menor, treinta y cinco años después que su madre. Sus esposos emperadores les erigieron templos en su honor en Sardes y Halala respectivamente con un colegio de sacerdotes y flamínicas para velar por su culto. Esta última colonia pasó a llamarse Faustinópolis dentro de los *honores post mortem*.

–¡Pero si parece el nombre de un parque temático! –comenté riéndome y Elsa rio conmigo abiertamente por primera vez en nuestra charla.

–Las emperatrices empezaron a acompañar a sus esposos en las campañas, Roma andaba entonces extendiendo los límites de su reinado en esta región. Y contrajo la peste antonina allí lejos de su patria, la misma que mató a su padre, el emperador Antonino Pío.

–¡Qué soberbios eran estos romanos! –continué más relajado.

–Bueno, intentaban equilibrar esta prepotencia. Marco Aurelio, imitando a su padre adoptivo, Antonino Pío, organizó una fundación alimentaria para jóvenes huérfanas a la muerte de su esposa: *Novae puellae alimentariae Faustinae* –pronunció en voz alta Elsa.

–"La fundación de Faustina acoge a nuevas jóvenes" –mi latín andaba algo oxidado, pero quise lucirme ante ella– ¿Tan parecidos a nosotros hoy? Guardaban las apariencias.

–Sí, no hemos evolucionado tanto –suspiró Elsa.

–Marco Aurelio, por ejemplo, le fue infiel desde muy pronto a su prima Faustina, la desposó con tan solo quince años, sin embargo, le dedica una ciudad –recordé.

–Bueno, también de Faustina se murmuraba sus infidelidades incluso que el padre de Comodo, que sucedió en el trono a su padre, era un gladiador. Sin embargo, cuando murió con 46 años en cuatro días de esa peste, que según creen podía ser la varicela o el

sarampión…

–No se lo esperaban –aduje.

–No. Fue repentino, el dolor del emperador sería real, además estaban más unidos desde la muerte del gemelo de Cómodo, con tan solo siete años, de un tumor…. Va contra natura.

–Lástima que el que sobrevivió ejerció el poder de aquella manera –quise sacar a Elsa del malestar que empezó a mostrar, no parecía pensar en un niño de hace dos mil años.

–Sí, la vida puede ser muy injusta…

–Parecía que hubiera caído una maldición sobre la familia de Marco Aurelio, aquella peste acabó con su suegro, su esposa, ocho de sus hijos y con él mismo –Marco Aurelio era uno de mis personajes favoritos, así que adquirí confianza en mi parlamento–Sin embargo, sus *Meditaciones*, escritas además en época de campaña militar y de peste, siguen siendo palabras vivas, de saber vivir.

–No las he leído –con interés reconoció Elsa.

–Pues mi libro lo tengo tan subrayado, tan marcado con las esquinas de las páginas dobladas que no está muy presentable –argumenté.

Ya tengo regalo para ella, pensé.

Capítulo 6

El imperio, marzo del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Un mar te trajo hacia mí, como un remanso de ternura y alegría zarandeaste con vientos propicios mi nave. Tu canto resuena en mis noches frías, quiero compartir contigo la sombra húmeda del invierno, el sol despidiéndose tras una tarde de estío y las mañanas que entonan los gallos. Dicen que del Lacio vienes y edificarás tu estirpe en esta colina sagrada. Me temo a mí misma, a que la tierra que piso deje de ser firme y abra con mi lujuria un lodazal de dolor y soledad.

Desde la concurrida calle del foro, atravesar la puerta y acceder al atrium era adentrarme en un espacio de paz y frescura. Mi cuello ardía por el sol y el sofoco de mi andar ligero, ruborizada por un solo cruce de miradas. Me había mostrado, sabedor de que lo observaba, una sonrisa amplia, sin mostrar los dientes, el contorno de los ojos arrugado ligeramente me hacía estremecer como si adivinara mis sentimientos. Me refresqué la nuca. Respiré profundamente y repetía como una oración casi inaudible: “Quintia, no, Quintia, no".

Pensé que el corazón me latía en la garganta, que estallaría ahogándome y dejaría de respirar. Incliné la cabeza para ocultar mi turbación, aunque mi padre lo interpretó como signo de pudoroso respeto.

–Esta es mi hija Quintia, poco interesada, como ves, en los asuntos humanos. Será flamínica cuando contraiga matrimonio con el flamen de Corduba. Vive consagrada a la diosa Ceres.

–Afortunados los dioses –tus ojos me encontraron como fuegos fatuos.

–Quintia, este es Julio Aelio, hijo del magistrado Lucio Aelio Fronto, nuestro nuevo intermediario –asombrada, erguí la cabeza sin ocultar mi sorpresa–. Llevará nuestro aceite a Roma.

En el sótano de nuestra casa se obtenía aceite. Mediante una prensa de tornillo, una larga viga de madera con la acción de una palanca prensaba las olivas depositadas en los esportines. Ánforas repartidas por toda la casa, a pesar de las protestas de mi madre, recordaban que de ahí venía parte de nuestro caudal. Recubiertas de grasa animal marino para impermeabilizarlas, las vendíamos en la tienda, la orientada hacia la calle del edificio de las termas. Pronto su amigo Marco Julio Cándido pretor de Itálica, lo asesoró: el de primera calidad, el de la primera prensada y de menos acidez, aumentaría su precio en el mercado de Roma, tan entregada al lujo y la exquisitez.

Para el consumo nuestro reservábamos las siguientes prensadas, que seguían siendo untuosas y dulces.

Desde la tienda Julio Aelio cargaría los carros. Esta vía, la calle de las termas, que conecta con el valle del Betis, a una hora de camino desde el sur de Munigua, es la más rápida y menos costosa para llegar a la capital del Imperio.

El excedente había permitido un minúsculo comercio en la ciudad, la categoría del aceite se elevaba si los ciudadanos romanos la reclamaban así que el negocio, tal como Julio se lo presentó a mi padre, era doblemente beneficioso. La seguridad de sus palabras y su vitalidad eran peligrosamente encantadoras. Lo observaba como si todo su ser gritara ¡Carpe diem! y cualquier rastro de compasión por los demás quedara arrinconado. Seguirlo era embarcarse en un sí a la vida, al amor, al canto y a los placeres. Así lo veía, embaucada por sus ojos vivaces y alegres, ¿puede el amor caprichoso desmontar un templo?

Capítulo 7

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

–Tengo que ir a Córdoba. Aprovecharé el fin de semana libre.

No sabía si era una invitación o si Elsa me lo comentaba como tantas otras cosas sin ninguna otra intención. Pasaba las hojas de un hermoso cuaderno garabateado en grafito, tenía buen pulso y solía hacerlo copiando al natural.

–¡Ah! –asentí disimulando mi interés por ir con ella.

–Me interesa ir al arqueológico, para mi tesis.

–No sabía que estuvieras haciendo la tesis.

–Sí, sobre la mujer en la Bética. De Córdoba eran la esposa, la madre y la abuela del emperador Marco Aurelio, y él mismo, claro. De Espejo, Ucubi, entonces.

–¿Vas por tu cuenta?

–Sí, bueno, he contactado con los archivos del Museo arqueológico de allí. Busco datos sobre Rupilia Faustina, Domicia Lucila y Annia Galeria Faustina. Abuela, madre y esposa del emperador, respectivamente.

–Annia Galeria Faustina, la niña destinada a ser emperatriz, desde los ocho años –quise lucirme un poco ante ella. Y aproveché–. Estoy libre este fin de semana (como todos, pude haber añadido).

–Ajá…–musitó mientras repasaba unas notas suyas.

–Puedo acompañarte.

–Sí, sí, vale –no levantó la cabeza y siguió anotando en lápiz en los márgenes.

Capítulo 8

El Imperio, marzo del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

En el atrio de la casa nos sentamos en los bancos de madera los libertos, esclavos, mi padre, mi hermana y yo. Entonó entonces mi padre las preces matutinas a nuestros lares.

¡Oh, tú, Vesta, custodia de los fuegos perpetuos, y vosotros, númenes, todos los que seáis, que hayáis protegido mi casa y mi estirpe!, recibid estos racimos primeros de la cosecha y el dulce vino para que, así como las empresas que iniciaron mis antepasados fueron fructíferas para la familia Quintia, esta que inicio ahora sea digna de ensalzaros con nuevos presentes. Y así os pongo por testimonio y os suplico que lleguen a buen puerto.

Rayando el alba, salimos. Los cirros se deshacían en un cielo violáceo. El fresco de la mañana despejaba mis pensamientos. Unos cernícalos sobrevolaban nuestro carruaje cuando atravesamos el muro norte.

–Cúbrete, Quintia –ordenó mi padre.

Obedecí.

Híspalis, el gran puerto interior del bajo valle, donde se funden las aguas del Betis con el mar del Norte. Desde ahí se deben drenar todos los productos del interior llegados por una red fluvial navegable. Mi padre, en calidad de senador debía acudir. Le rogué que me permitiera acompañarlo. Vaciló. Había aprendido a leer el rictus de su boca, el fruncido del ceño, el pulgar y el índice mesándose la barba. Era un hombre sereno, medidor de sus palabras, gran parte del respeto que le prodigaban en el senado emanaba de una prudencia y reputación intachables. Su perfil: nariz grande, algo aguileña, marcada la barbilla, los ojos grandes, de un verde oscuro como las encinas, sus dientes tallados por un artesano, sus cabellos ensortijados y negros le conferían un aspecto de hombre sabio que emanaba de forma natural y que él había sabido potenciar con largas horas de lectura y escucha a sus maestros.

–Padre, por favor –imploré antes de que bajara la ceja derecha y sentenciara respuesta.

–Solo vendrá con nosotros Tácito, no vendrán más esclavos así que no podrás salir sola o al menos… –mi padre antes de imponerme una prohibición que sabría que yo no cumpliría, me dejó una puerta abierta– no deben verte.

–No me verán.

Desde el dintel de la puerta me volví:

–Gracias, padre.

En respuesta me devolvió una ligera sonrisa que callaba las palabras que en otro tiempo me repetía “Quintia, mi hija predilecta”.

Los mercados locales se han convertido en centro de vida pública, representantes del poder de Roma. Es el símbolo de los tiempos de paz, de la potenciación de la vida urbana. Gracias al excedente de producción se puede mantener esta superestructura. El interés de mis antepasados por la explotación minera iba ligada al mantenimiento de su posición oligárquica.

Adoro las ánforas; sus matices, sus tamaños, su tacto. De camino a Híspalis pasaríamos por el taller alfarero La Graufesenque. imitador de las italianas destinadas a envasar el vino y el aceite. Lucceius, amigo y socio del anterior, se secó las manos en el paño que reposaba en su rodilla y se levantó para recibir a mi padre, que bajó el tono para recriminarme:

–Quintia, eso no es distinguido. En casa tienes cerámica traída directamente de Roma.

–Lo sé, padre, pero estas son enormes y recién horneadas. Y, mire esas de ahí, aún frescas. No es igual, ni su textura ni su olor.

Mi padre se encogía de hombros. Habíamos mantenido similar conversación en otras ocasiones. El día de Fortuna Virgo, como celebración de mi paso a la pubertad, me había regalado una hermosa ánfora de cerámica sigillata decorada con una loba, las patas delanteras extendidas en plena carrera. La delicadeza de su tacto, su color rojizo terroso la habían convertido en una pequeña joya en mi aposento. Exponerla era signo de distinción, pero para mí simbolizaba una promesa a mí misma: irás a Roma, rendirás culto a la diosa Fortuna en el Foro Boario y tu linaje será enaltecido.

En el carromato repasaba con el dedo el relieve del sello GSAL. API. en su base externa. Sonreí a mi padre. La vasija era sencilla. Me sería útil.

La Bética es autosuficiente, duplica sus beneficios con la explotación. Los numerosos barcos mercantes venden el excedente. Julio lo narra cual travesía de Ulises, pero yo sé, lo he leído en el tabulario, que no es así.

Híspalis, enlace entre el mar y el interior, fulgente, plateada bajo el sol estival nos recibe. Desde nuestra pequeña población a los 25. 000 habitantes de aquí, se nos presenta ingente y bulliciosa. Mi padre

prefiere que no me sumerja en la turba: eres casi flamínica, me recuerda.

–Por eso, padre. Para mí confundirme con todos ellos es estar más cerca, sentir que pertenezco al pueblo: los mercaderes, los vendedores, las damas en sus literas, los vagabundos y los ociosos. Ellos viajan por mí: el tacto de las sedas indias, los destellos de las perlas del Golfo Pérsico que igualan al vidrio de Alejandría, el olor de las ostras de las Cícladas con la mirra de Jericó, las hierbas medicinales, los vinos de toda Hispania y los aceites del Valle.

Tras horas de viaje divisamos la Colonia Aelia Augusta Itálica, ostentaba este rango otorgado por el emperador Adriano a petición de sus habitantes para impulsar su condición política y económica equiparándola con Roma. La ciudad nueva se había construido bajo su mandato. Las familias ricas de la ciudad se habían levantado hermosas construcciones al estilo romano y helenístico.

Ondina. Quería ser Ondina desde niña. Recuerdo las plegarias: "¡Concédeme ser tu hija, dios del mar! Déjame sumergirme en tus profundidades, arribar a nuevas Islas en las aguas donde muere nuestro río, gozar de los vientos desencadenados para los navíos de los hombres, dejar que esparzan mis largos cabellos rojizos de sirena, ver los atardeceres en cada orilla que baña Nuestro Mar, cuando los corceles de Apolo cabalgan buscando la noche". Recordé esta imagen cuando atravesé el umbral de aquella casa y, tras rodear la fuente cuadrada que presidía el peristilium, descubrí el mosaico espléndido que recubría el suelo de la primera estancia. Provocaba el respetuoso silencio del visitante que se extasiaba en los ojos tan magnánimos como intimidatorios de Neptuno. Sus cejas enjutas, los rizos de su barba en diminutas teselas verde esmeralda, el rojo cadmio de los labios pequeños, redondeados y, en el extremo inferior, una sirena cimbreando grácil su cola entre las aristas rojas y azules que trazan el marco completo. Mi padre acudía a la casa del pretor de Itálica, hombre influyente y gran impulsor del comercio en el foro. Pretendía favorecerlo en nuestra colina, informarse de las ganancias en las rutas oleicas desde el sur hasta Roma, según me explicó durante el camino.

–¿No te fías de él? –le interrogué.

–¿De Julio? Por supuesto que me fío, no me creerás tan insensato, hija, como para aventurarme en esta empresa con un desconocido. Su familia goza de excelente reputación, una de las más influyentes en las rutas comerciales con el Lacio. El menor de sus hijos es bien conocido por su elegancia en el trato, por extender el negocio familiar a Hispania, dejando a un lado su popularidad entre las mujeres.

Me ruboricé tan sólo de oírlo. Guardé silencio, aunque se agolpaban las preguntas en mi estómago como aguijones.

Era esta una de las casas más prestigiosas y lujosas de la colonia romana. Aún seguía ensimismada con el mosaico que había contemplado, apenas reparé en el que solaba el triclinium con el que se comunicaba la estancia anterior: una alegoría de las cuatro estaciones. Descendí los escalones. Ocupaba el suelo completo, en el centro Ariadna en un medallón encuadrado por otros cuatro de menor tamaño: jóvenes coronados de flores, el del verano; de vides en pámpanos, el que representa el otoño; cereales y hoz, para la primavera; juncos y cañas, para el invierno. Otras deidades, poetas y semidioses, completaban los octógonos del perímetro. Avanzamos hacia otro triclinium más amplio, mi padre se había adelantado con el pretor, ambos hablaban despacio y en voz baja. El trato era cordial y respetuoso, esto me concedió una valiosa libertad para deleitarme en aquellos tigres, atravesamos dos patios, el situado más al norte comunica con una antesala. Subimos las escaleras y allí nos esperaba: *Y marchó el hermoso Hilas en busca de agua, portando una vasija de bronce. Atravesó la espesura y halló una fuente rodeada de celidonias, juncos y gramas. Las ninfas, que nunca duermen, cautivas del amor caprichoso, arrebataron al joven su libertad. Hilas, postrado para llenar su cántaro, cayó al agua, presas sus piernas por los brazos de las deidades. ¡Hilas, Hilas! Un grito desesperado desgarraba la noche, Heracles recorría montes y bosques armado con su arco y maza, instrumentos fútiles contras las ninfas enamoradas.* El pavimento representaba el instante en que una ninfa emerge hasta la cintura del agua para enrollar con sus brazos las piernas de Hilas. Otras dos contemplan la escena en el extremo izquierdo sobre un delicado teselado azul y verde esmeralda. La siguiente escena superpuesta a la derecha era la imagen del poderoso Heracles, miembro también de la expedición de los argonautas, buscando desesperado al muchacho argivo. Era una zona de acceso más restringido a la casa, conducir a mi padre hasta allí era una muestra de hospitalidad y cercanía. Una intimidad selectiva que favoreció la dueña invitándolo a una copa de vino de reciente cosecha.

Me condujo hasta la cocina, el olor a pescado ahumado era tan intenso que, a modo de disculpa abrió la alacena contigua: caballa, erizos de mar, salmonetes y esturiones separados en recipientes alineados. Pero lo que realmente despertó mi interés fueron las especias.

–¿Puedo? –acercándome a olerlas con prudencia.

–Por favor –y con su mano extendida ella me indicó que las disfrutara.

Reconocí el hipérico, el zumaque y las semillas de mirto, los albaricoques secos y la raíz de aligustre.

–¿Y estas? –señalé unas semillas que estaban junto al cuenco de las de mirto.

–Semillas de ruda, tienen también propiedades medicinales. Coge algunas.

Y con presteza me extendió un saquito de tela. Con cuidado introduje algunas en él.

–Esto es asafétida –me señaló otro recipiente.

–Creí era medicinal.

–En pequeñas cantidades nuestra cocinera la emplea para condimentar. A Marco le gusta su sabor aliáceo.

Y añadió una pizca a mi bolsa.

Reconocí los panes alejandrinos que gustaban tanto a mi abuela, listos para comer y el *colore* que tanto disfrutábamos mi hermana y yo de pequeñas, mi madre elaboraba aquella sabrosa pasta de higos en otoño. Nos encantaba introducir el dedo y escaparnos corriendo de allí cuando nos veía. Continué mi visita por la repleta despensa. Una tinaja en el suelo rebosaba chufa, tan empleada en el sur, al lado me detuve ante lo que parecían tiras de cuero.

–Vulva de cerda estéril.

Ante mi gesto de repugnancia prosiguió.

–Ya sabes lo apreciada que es, Marco gusta de obsequiar a sus invitados con pequeños placeres culinarios.

Mientras me preguntaba qué podría considerarse apetitoso en aquello, debió desaparecer un instante. Se posicionó detrás de mí. Con mucho cuidado abrió una caja de madera, dentro de un vaso de vidrio con piñones se conservaba una esquirla de tronco. Por su actitud ceremoniosa supuse que debía ser muy preciada. Partió una parte diminuta y la guardó en una bolsita de cuero.

–Es silfio –sentí cierto temor ante esta droga enormemente costosa, cultivada en Cirene.

–Sabrás emplearla. Consérvala tal como has visto.

Las coníferas en primavera, el fruto aún cerrado, desprendiendo su penetrante olor tras las últimas lluvias. El sol, anticipo del estío, calienta mi nuca. La piedra, sin embargo, está helada. Las noches aún frías. Temprano comienzan a agitarse los pequeños establecimientos.

El olor a pan recién horneado va guiando mis pasos.

Desciendo la calzada principal desde la casa. Salí casi a hurtadillas, tan solo la mirada extrañada de una de las esclavas se cruzó con la mía. Mi padre lo entendería, para entonces estaría ya de vuelta.

Una bandada de pájaros sobrevuela la escultura heroica del emperador Marco Ulpio Trajano. Desde la colina que corona la ciudad nueva diviso el valle, la ciudad vieja, el teatro lejano. El pan, caliente aún, se deja partir como alimento sagrado por mis dedos. Hambrienta también de conocimiento. Anoche opté por comida frugal ante los atrevidos manjares dispuestos en el triclinium. Aspiro llenando mis pulmones de vida. Contenta. Absolutamente. Corro como cuando era niña, golpeando la calzada con mis sandalias. Me detengo. Su gente ocupa las calles. "Solo corren los niños y malhechores", acudieron las palabras de mi madre. En seco me detuve. Sonreí, para mí misma. Con cierto deleite por haber infringido una regla.

Encontré aquella tablilla de encantamiento junto al romero silvestre. Me detuve: *"¡Oh soberana fuente saludable!, confío que tú reclames tus bienes quienquiera que te haya llevado mis sandalias y mis botas ¡Oh diosa!, confío que tú, destructora, reclames aquellas contra ellos, si alguna muchacha, mujer u hombre las ha robado!"*.

Cuando salimos de regreso ambos estábamos de buen humor.

–Un hombre que lee a Teócrito debe ser digno de confianza –arranqué la conversación.

Mi padre sonrió.

–Quintia, en la nueva urbe que fundó Adriano rivalizan por el lujo al estilo helénico. La cultura literaria también es una muestra de ese prestigio.

–Sigo pensando que el pretor Marco Julio debe tener un refinado gusto en sus lecturas.

–Probablemente, hija.

Capítulo 9

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Nuestro viaje a Córdoba había resultado bien distinto de lo imaginado. De lo imaginado por mí. Elsa había puesto al día sus notas y había recabado información con el permiso especial que le habían concedido para consultar los fondos de la Biblioteca del Museo arqueológico. Pasó casi todo el tiempo allí, yo me dediqué a facilitarle su estancia. Sin duda alguna era un fin de semana de trabajo. No hubo resquicio para momentos de confidencias, miradas o canciones que nos hicieran recordar. Elsa no daba pie a equívocos ni falsos juegos. Había sido mi fantasía la que había alimentado vanas esperanzas.

–Escucha esto, Elsa –me había afanado en buscar información directamente de las fuentes primigenias–. Marco Aurelio mandó esculpir una estatua dorada de su difunta esposa que era conducida al teatro y que ocupaba el mismo lugar desde donde Faustina, mientras estaba viva, contemplaba los juegos cuando asistía al teatro.

–Me resulta increíble, si no viniera la información de Dión Casio, dudaría –una Elsa entusiasmada seguía mi lectura.

–Además, la estatua estaría rodeada de mujeres de renombre que se sentarían a su lado –satisfecho con haber conseguido interesarla, cerré el libro.

–Fantástico, una estatua que va y viene para recordar a la emperatriz, cada vez me fascinan más estos romanos –y posando su mano con un leve toque en mi hombro, me sonrió y salió de la estancia–. Muchas gracias, Valerio, te veo ahora en la charla.

Había sido un roce de colegas, ¿solo?

–Esta pieza pertenecería a un grupo escultórico, escenifica una ofrenda ritual, por los rasgos del animal debía haberse producido la consumación del sacrificio –explicaba en la sala de proyecciones nuestro director, se había convertido en una de las prácticas habituales para nuestra formación.

–¿Podría estar vinculado con el culto a Ceres del que se encargaba Quintia? –Elsa no cesaba de tomar notas muy interesada, solo levantó un instante la mirada para realizar la pregunta.

–Sí, sí, lo más probable. Es una cabeza de suido, hallado junto a las escaleras que conducen al templo de Podio, por la cronología, siglo II d. C, es la tesis más plausible. Además, sabemos por la iconografía vinculada a la diosa que son los animales escogidos para el sacrificio.

–¿Por qué un cerdo? –preguntó alguien.

–¿Alguien puede darle la explicación? –respondió con otra pregunta el director de la excavación.

Capítulo 10

El Imperio, abril del año 175 d. C, siendo emperador Marco Aurelio

Con el deshielo de Sierra Solarius y las lluvias de primavera, mi padre, como todos los comerciantes de aceite, activan el traslado de sus ánforas por vía fluvial, mucho más económica que la terrestre, hasta llegar a Híspalis, este año de allí por mar llegarían hasta Roma. Tras el almacenamiento en invierno lo introduce en odres de cuero; si disponemos de ellas, en ánforas.

–Están recubiertas en su interior con resina de pino –escudriñé con la puerta entreabierta y vi a Julio agarrándolas por las asas contrapuestas y subiéndolas al carro detenido en la calle de las termas–. Evitará cualquier filtración –le aclaraba al joven Tácito mientras lo ayudaba.

Las ánforas globulares son tan pesadas que el esfuerzo marcaba su deltoides. Lo conduciría a la alfarería del cercano Betis allí vierten los odres en ánforas fabricadas en sus orillas, depositadas en barcazas llegarían hasta el puerto hispalense. Mi padre, poco dado a la aventura, no se había atrevido hasta ahora a la exportación. Pero Julio acompañaría su mercancía y establecería contactos para su posición en la capital del Imperio. Julio entraba en nuestras vidas recitando cifras que desde mi puerta sonaban a notas de lira: denarios, sestercios, ases… en su voz cantarina y jovial como una alegre canción.

Si tuviera más de un corazón, consagraría uno a la diosa y a mi prometido; el otro, a él. Uno adoraría los altares impregnados de mirra, acompañaría al flamen en los sacrificios; el otro exhalaría el aroma de aceites perfumados con los que fricciono mi piel, deleitándome en las lunas que transcurren ansiosas, insomnes aguardándolo. Sería honorable, respetada y admirada socialmente. Fiel a los dioses y a lo sagrado con uno; leal a mis pasiones, con el otro.

Cuando exhibe Ceres una alfombra de frutos y colores para dar la bienvenida a su amada hija que regresa del inframundo hasta el otoño, yo, su sacerdotisa, sacrifico en el ara del santuario al animal, en recuerdo de los que acompañaron al porquero Eubuleus a buscarla en los dominios de su raptor, Plutón. Consumado el sacrificio, imploramos a la diosa para que la cosecha sea fructífera y riegue de dones nuestra colina.

¡Oh, tú, Mercurio! inventor de la lira, dios de la voz y la

elocuencia, presta tus palabras a Calpurnia de apacible rostro, ¡manifiesta tu sabiduría! Y así como fuiste heraldo de Júpiter para que Plutón liberara a Proserpina, oyendo las plegarias de la diosa madre Ceres, y para que esta restableciera el orden en el ciclo de la tierra roto por el desgarro sin su hija, así renazca en mí la cordura o desata tu ira sobre mi nombre *"porque el contacto de la tierra es el que da la voz al hombre al nacer"*.

Capítulo 11

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Descansaba en la angosta sombra que quedaba, mantenía los ojos cerrados, respirando suavemente, confundido entre la realidad y el sueño me sorprendí tarareando una canción ya olvidada, hasta que reconocí el lugar de donde procedía. *As time goes by* a esta hora ¡y con esta calor!

Solo a una persona se le ocurriría escucharla en un lugar como este. Sin embargo, fantaseé, era una promesa vedada, un código que entendíamos nosotros. Víctima de mi propia imaginación, y del sofoco, supongo. Trepé, busqué y la hallé.

–Hermosa canción.

Elsa agachaba la cabeza, limpiando una pintura descubierta en la pared, le seguía el rastro casi hasta el suelo. A la sombra.

–¿Qué?

–La canción, así cualquiera se enamora de Bogart.

–Ehh…–Elsa solía ganar tiempo mientras se situaba en la conversación, tan absorta estaba en su trabajo–… es la radio. Frustrada mi ilusión.

–Ah, ya –pensé en algo ingenioso, pero no se me ocurrió–luego nos vemos en la comida.

Y regresé a mi agujero.

Capítulo 12

El imperio, mayo del año 175 d. C, siendo emperador Marco Aurelio.

Una palabra tuya y rompes el equilibrio de mi universo, sueño que limpio tu herida infectada, la presiono levemente y en tu rostro el alivio agradecido, consolando mi incertidumbre, estoy contigo, soy tu amigo, no has de romper tu juramento. Y me muestras lagos en el deshielo, azules puros y deslumbrantes blancos, me abrazas. Todo está en orden. Despierto con el pecho expandido en calma.

Pero te quiero.

Afectados oradores teatralizaban sus discursos en el foro emulando a los que en la Urbs se habían hecho oír en tiempos de Adriano. Pero, con nuestro emperador, poco dado a la afectación y retórica, nuestra ciudad se encontraba más desfasada aún con estas muestras.

Mi padre nos había buscado un instructor helénico. El latín que aprendíamos no era el que se hablaba en las calles.

“Da reglas a tu espíritu, no ceses de instruirte: una vida sin forma se asemeja a la muerte” nos recitaba a Catón el Viejo.

Me aburría la dicción, la retórica, lejos de la sensibilidad en el mundo que ya habitaba, se perseguía la práctica, el resultado inmediato, la historia había dejado de ser relevante. Para mí, ávida de conocer que ocurría más allá de las lindes del Imperio, las clases habían dejado de tener interés.

Intenté hablarlo con mi padre, pero siempre algún asunto requería su atención. La música, la geografía, la astronomía, las matemáticas… la búsqueda del saber es lo que mi interesaba.

Capítulo 13

Octubre de 2014. *Solo ante el peligro*

Escribo porque no sé estar de otra forma en el mundo. Cansado, viejo y solo repaso mis días, ¿por qué no hice girar mi destino? Esperé. "Que sea lo que tenga que ser" repetía palabras que no eran mías. Era la sabia aceptación del destino o el disfraz de mi cobardía. *No hacer nada* resultó demasiado difícil. Coloco el vinilo y escucho *Do not forsake me, oh my darling!*, se atasca y me levanto a recolocar la aguja. Me quedo contemplando su giro hipnótico.

Will Kane, un hombre solo. No se puede huir siempre. Prefiere hacer frente a su destino, morir valiente a vivir cobarde.

Y la última oportunidad de labios de la mujer que ama:

–Si no vienes conmigo ahora, yo subiré al tren cuando salga.

–Mi sitio es este.

Vuelve a sonar desde el principio*:*

Do not forsake oh, my darling!

No me abandones cariño, en el día de nuestra boda.

No me abandones cariño, espérame.

En el tren de mediodía llega Frank Miller.

Para ser un hombre tengo que ser valiente y enfrentarme al hombre que me odia o yacer cobarde, cobarde o yacer cobarde en mi tumba.

Obligado a elegir entre el amor y el deber.

Y si pierdo a mi novia guapa y rubia, mira la aguja del reloj que se acerca a las doce.

En la cárcel prometió que sería su vida o la mía.

No temo a la muerte.

¿Qué voy a hacer si me abandonas?

No me abandones, cariño, lo prometiste cuando nos casamos.

Aunque estés sufriendo no pienses en marcharte, ahora que te necesito a mi lado.

Espérame.

Capítulo 14

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

–Hazme una foto –Elsa posaba sonriente junto a la cabeza hallada en las termas –. A mi hija le encantará.

–¿Tienes una hija? –incapaz de disimular mi impresión casi grité.

–Sí, se llama Hanna tiene cuatro años.

–Que tienes una hija de cuatro años.

Elsa frunció el entrecejo al observarme con atención, el sol le daba en el rostro, elevaba el pómulo izquierdo cuando adoptaba su boca ese rictus de perplejidad y extrañeza, aguardando que yo añadiera algo más.

–Sí, Valerio.

–¿No la echas de menos?

–¡Claro que la echo de menos! –el deje alemán se le acentuaba cuando estaba irritada y su español sonaba más báltico.

Solo le faltaba por añadir "imbécil" pero era educada y cortés. Se agachó para aposentar con cuidado el busto de Augusto. No añadí nada más.

–Sé que está muy bien con su padre y sus abuelos en nuestra casa, en Berlín –y un destello de nostalgia cruzó su rostro. Se recompuso y continuó trabajando.

Yo andaba zarandeado aún, Elsa tenía una hija, y probablemente un esposo, aguardándolos en su patria. De mis cavilaciones vino a sacarme Raquel, su compañera de habitación.

–Valerio, ¡mira!, esta no es de bronce –pero mi atención andaba lejos, muy lejos en el remoto lugar de la decepción.

Capítulo 15

El imperio, junio del año 175 d. C, siendo emperador Marco Aurelio

Era casi la hora sexta, las tiendas del foro acababan de cerrar. En unos instantes sonaría la campana que avisaba del acceso a las termas para mujeres. Los hombres tendrían que aguardar hasta la hora octava, en la que comenzaría su turno hasta la duodécima, hora del cierre coincidiendo con el ocaso. Desde que el emperador Adriano decretara la separación de sexos en los baños públicos por decoro se había mantenido esta normativa. Por sus dimensiones el acceso es restringido. Mis abuelos los conocieron más amplios, pero se les sustrajo una parte del espacio que ocupaban para la construcción del foro.

Entré en el hypocaustum, me desnudé, me asomé al ninfeo, el eco de sus aguas cristalinas me inundaba de una religiosa serenidad. El agua cae en cascada por los peldaños al pie de la ninfa colocada en el ábside y queda retenida por un muro de contención de forma que nuestros ojos siempre contemplan agua en movimiento.

Comencé por la estancia contigua, el frigidarium, pese a que la mayoría empezaba por el baño caliente y finalizaban aquí.

Bajo mis pies pequeños ladrillos forman una hermosa espina de pescado.

Las termas son para mí lugar íntimo, casi sagrado. Mantener la pureza, el cuidado del cuerpo es un deber como sacerdotisa, honrarnos a nosotros mismos es también honrar a los dioses. El agua: origen y vida. Pule y limpia.

Regresé sobre mis pasos, atravesé el vestuario y me dirigí al caldarium, para ello debía atravesar el tepidarium, la habitación tibia que evitaba el duro contraste entre el baño frío y el caliente. Los vapores de este me dejaban aturdida antes de salir.

Si hay un lugar entre el cielo y la tierra es el agua, ahí el hombre se vuelve más ligero, flexible como el junco en la orilla y los dioses quedan más cerca.

Capítulo 16

Noviembre de 2014. *Johnny Guitar*

Remuevo mi soda con hielo y tinto. Los primeros acordes de esta canción me vuelven tan nostálgico que tomo un sorbo para no entristecerme en exceso.

–¿A cuántos hombres has olvidado?

–A tantos como mujeres recuerdas tú.

–No te vayas.

–No me he movido.

–Dime algo agradable.

[…]

–Miénteme.

–¿Qué quieres que te diga?

–Dime que aún me quieres como yo te quiero.

–Valerio, me marcho.

–No cierres con llave –extasiado delante de un primer plano de Crawford no podía dejar de admirar la fuerza de sus ojos negros pugnando con su debilidad por no llorar, orgullosa y dolida de amor.

–No me has entendido, Valerio. Me voy. Te dejo.

Recuerdo la desagradable sensación de irrealidad. Lo que ocurría en la pantalla era más real que mi propia vida. La miré. Me había acostumbrado a ella, podía decirse que la quería, quizás no como ella había deseado. Pero sí, la quería. A mi modo.

–Aún te quiero tanto como yo a ti.

–Gracias, muchas gracias.

–¿Así?, ¿por qué? –balbuceé aún con el vaso en la mano, pero ya había cerrado con un portazo. No llevaba llaves.

Crawford me gritaba enfurecida:

–¡Deja de compadecerte de ti mismo!, ¿crees que sufres más que nadie?

Ahora, quince años después vuelvo a verla. Es sorprendente lo vívido que puede ser un recuerdo. Pero ya no duele, es como si fuera otro el que se quedó allí, *There is no a man like my Jonhny*. Peggy

Lee vibrando en sus últimas notas… *Jonhny Guitar. Abrazados los dos, atravesando la cascada mojados, ella con su blusa amarilla y pañuelo rojo anudado al cuello; él, rodeándola con firmeza.*

La borré de la memoria como todo lo que pertenece a aquella otra vida. Como un regalo que me brinda el tiempo, la encontré en la caja de los olvidados. Una visión nueva como si fuera la primera vez, atento, deleitándome en mi soda con tinto.

Capítulo 17

El imperio, julio del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Salud física, moral e intelectual. Julio encarnaba las virtudes ancestrales romanas.

–Hasta los siete años fue mi madre la encargada de mi educación. Ella me enseñó a leer y a escribir. Fue mi padre, después, quien la relevó en sus tareas. Con él aprendí las cuestiones prácticas: a contar, a ser duro conmigo mismo, el amor a la propiedad y a Roma– me contaba un día de regreso desde el tabulario–. Leí a los poetas: a Virgilio, a Ovidio, a Salustio, el primero de los historiadores, y a Tito Livio. Leí el canto sublime de Homero, las guerras de Cicerón y su oratoria. Aprendí geometría.

–Te preparaban para la vida…

–Eso decía mi padre.

–¿Y la música?

–Se me resistió. Inaprensible, incomprensible, un misterio para mí, casi celestial. Nunca fui capaz de tañer un solo acorde.

–¿Por qué no continuaste los estudios superiores?

–Dejé la toga pretexta y tomé la viril, la blanca. Consideró mi padre que ya estaba preparado para proseguir el negocio con él. Era ya un hombre.

–A los 17 años no se puede saber todo…

–El mar y el comercio se convirtieron en mis nuevos maestros.

Iba conociendo a Julio quien, paulatinamente, despejaba mis incógnitas. Su verdad era la vida misma.

Hurto al tiempo. Acepto la prueba de los dioses. Conservo mi pureza. Sumerjo mis pies, los dedos primero, un leve escalofrío, agradable en la canícula inmisericorde que azota el sur del Imperio. Las aguas me purifican, me sumerjo hasta el cuello, cierro los ojos. Soy agua, ingrávida, acompaso mis emociones con la respiración, se diluyen, se escurren como las ondas entre mis dedos. Contemplo las franjas rojas pintadas en la pared de las termas. Solo mujeres a esta hora.

Dos ases extraje de mi cofre para los baños. El doble de la entrada que paga un hombre.

Capítulo 18

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

–Aquí podemos observar dos capas de estuco con pinturas superpuestas –explicaba nuestro director ante la pared sur de la sala del ábside, en las termas–. Apreciamos aquí una primera fase con decoración imitando mármoles en tonos castaño sobre fondo amarillo.

Elsa asentía atenta, conocía bien esta zona que había ido limpiando con sus pinceles.

–Estos círculos rojos sobre fondo verde –prosiguió él– enmarcados en panel de líneas rojas sobre un fondo color crema pertenecerían a la segunda fase. Elsa, ¿qué destacarías aquí?

–El friso de kyma lésbico en amarillo.

Aquella tarde habíamos comentado la similitud de sus termas con nuestros gimnasios y piscinas convertidos en templos del cuerpo, zonas de ejercicio e higiene. Curiosamente reproducíamos ese modelo.

–Esos baños eran más bien un balneario, pues apenas ocupaban 280 metros cuadrados, un espacio muy reducido para la población de la época –comentó Elsa.

–No había entonces palestra, supongo.

–No, no había espacio así que no podían practicar ejercicio, solo bañarse.

–Puedo imaginarme la cascada artificial del ninfeo, su refrescante sonido –le comenté cerrando los ojos en un lugar donde hoy ni una sombra de uralita nos protegía en las excavaciones.

–Sí, debía ser hermoso y relajante.

–¿Dónde apareció la cabeza de la otra ninfa?

–¿Hispania?, junto al pozo, en la esquina de la bañera, su cuerpo apareció veinte metros más allá.

Capítulo 19

El imperio, agosto del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Ruge el mar, lamiendo la orilla, delicada caricia de nácar, como espalda de mujer la arena se deja seducir tras el rompeolas, danza eterna sucediéndose sin tregua ni fatiga, renovada por cada embestida. Hundo mis senos ingrávidos bajo el agua y mi cuerpo de pez, mosaico de escamas espejeando el sol, se resbala hacia las profundidades libre de los dioses y los hombres. La sal, el mar y yo.

¡Oh, dioses! ¿Por qué nos condenasteis a la conciencia de la vida mortal? El pulso de Eros frente a Tanatos tiranizando nuestras decisiones. ¿Hay un tiempo para la virtud; otro para nuestras pasiones? ¿Será mi libertad solo una triste encrucijada entre quedarme o morir? Él es un halcón; yo, una lechuza resguardada en el bosque ansiando la noche. Miradla, se alza inquietante la constelación del cisne interrogándome desde la cúpula del cielo: "¿Hasta cuándo, Quintia?"

Eché el manto sobre mi hombro izquierdo, la gruesa túnica blanca ceñida bajo el pecho lo resaltaba tanto que sentí pudor. Rematada en pliegues abolsados, sus aberturas laterales me permitían una mayor movilidad. Miré hacia abajo, buscando las puntas de mis pies aprisionados en un calzado puntiagudo y cerrado. Mi madre, ceremoniosa, cerró los collares de lengüetas. Saqué de mi cofre el brazalete en espiral heredado de mis ancestros. Me colocó la diadema sobre los cabellos ondulados de la frente y me cubrí con el velo. Con cuidado portaba la acerra, donde guardaba el incienso. Lucio Fulvio me había enseñado partes del rito en los que había participado ayudándolo. Él había ordenado labrar una hermosa estatua de plata a la Fortuna Crescens Augusta.

–Agradécele a los dioses tu suerte, Quintia –me aconsejaba. Él, que había sido esclavo de Fulvio, el itálico empresario minero, daba gracias así por su nueva vida. Ser liberto le había permitido contraer matrimonio, descendencia y una respetada posición por su sacerdocio.

–Vi a muchos jóvenes adentrarse en las entrañas de la tierra martillo en mano –proseguía él como introducción al ritual– esclavos y libertos para no salir más. Ni todo el cobre ni todo el hierro que guarda Dis Pater en el subsuelo de nuestra colina merecen las vidas que se ha tragado el infierno.

Lucio sabía que mi tío, Lucio Quintio Rufo, controlaba a los esclavos y parte de las minas.

–No tienes que avergonzarte, Quintia, no es responsabilidad tuya.

Capítulo 20

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

A Ceres Augusta en honor y recuerdo de Quintia Flaccina, hija de Marco, natural de Munigua, flamínica de las divinas Augustas de la esplendidísima provincia Bética, Quinto Elio Vernaculo, natural de Munigua, amigo y heredero, habiendo aceptado el lugar (decretado) por el ordo esplendidísimo del municipio Flavio Muniguense y luego de distribuir un banquete público entre personas de uno y otro sexo, ofreció este presente.

Cuando nos documentamos sobre la epigrafía en las excavaciones de 1959 y 1962, y leímos sobre el hallazgo del pedestal epigrafiado escuché por primera vez su nombre: Quintia Flaccina. La inscripción votiva sobre mármol blanco era el testimonio de la presencia pública que podía alcanzar una mujer. Las letras capitales en rojo cadmio obligarían a pararse a cualquier viandante que circulara por la ciudad en la segunda mitad del siglo II de nuestra era. La escultura de la diosa Ceres, tenía la cabeza de la sacerdotisa más conocida de toda la Bética.

¿Qué vida habría llevado aquella mujer?, ¿Qué hacía una sacerdotisa en aquella colina en su vida diaria?

–No, no vas a convencerme de que cambie de opinión.

Una Elsa airada me hizo levantarme de mi lugar de trabajo. Por las miradas de mis compañeros, entendí que las diferencias habrían llegado a un punto delicado pues los restantes arqueólogos no se movían. Elsa recorrió el pasillo hacia su habitación. En mi calidad de amigo gordito, había aceptado al menos esa posición que me permitía ante los demás estar a su lado sin maliciosos comentarios, la seguí.

–¿Qué ha ocurrido?

–No quieren que me encargue de la ponencia.

–¿La de Quintia?

–Dicen que hay mucho trabajo, que tendré que volver durante el invierno y que mi situación familiar no me lo permitiría. Nunca he consentido que interfiera en mi vida laboral, si estoy aquí es por eso. ¿Cómo se atreven?

Aunque el argumento de ellos tenía cierta lógica, ambos sabíamos que les movían motivos personales, les interesaría para su currículum, incluso la corriente feminista podría utilizarla para

publicar con más repercusión. En cualquier caso, yo debía apoyarla.

Capítulo 21

El Imperio, septiembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Si susurra mi nombre, lo seguiré hasta donde el sol no se pone, al otro lado de Nuestro Mar. Abandonaré mi hogar. No me pertenezco. Amé y fui amada. Asumo un destino del que soy artífice. Si hay dolor, que sea solo el canto desgarrador del gallo desafiando el silencio del alba. Vivir es sentir el pulso hermoso y despiadado. Poseer y perder. Miel y vino para el altar.

Mi tierra es otra tierra junto a ti. Camino contemplándola por vez primera con tus ojos que son los de un visitante entusiasmado, atento. Camino y cada paso anima mis miembros que se vuelven ágiles, flexibles, vigorosos. No hay espacio entre nosotros. Avanzamos, hombro con hombro, en un solo ritmo acompasados. Como debió haber sido en otro tiempo que olvidamos. Te reconozco como una parte recuperada de mí de la que ya no quiero desprenderme. Si existes, existo.

El bosque de las sabinas es lugar sagrado. Ceres vertió su gracia sobre la tierra fértil y brotaron los troncos malvas, rojizos pardos proyectando las sombras arrojadas, alfombras azules en la primera tarde. En la laguna cercana debieron instalarse las pléyades entonando sus seductores cantos. El ramaje esbelto, las hojas volviéndose espejos tornasolados a nuestro paso, retorcidos algunos en sus raíces como genios de Virbio, el que protege los bosques. Hechizados, caminamos en silencio.

Y si vehemente es el deseo que te conduce a tormentosos lares, cuando las pléyades se oculten, no las sigas a su frondoso hogar, resguárdate en morada segura.

Capítulo 22

La excavación. Munigua septiembre de 1989

Desde el Santuario de Terrazas orientado hacia el Este, el paisaje aparecía encuadrado. Aquel se había convertido en mi lugar preferido. Comprendí que formaba parte de él: la divinidad, la naturaleza y yo. Y esa misma convicción debieron tener nuestros antepasados cuando acudían a orar a la diosa Fortuna.

A los pies de la colina, el verde iba dando paso al terreno rojizo del otoño. Las encinas en simétrica posición habrían indicado a los arquitectos romanos el emplazamiento correcto del Santuario. Posiblemente en línea con otro lugar sagrado: una roca, un árbol o quizás alguna otra forma natural donde a sus predecesores turdetanos se les manifestara la divinidad.

Cavilaba las explicaciones que nos había ido dando nuestro director aquella mañana, Elsa había estado tomando notas; yo escuchaba ensimismado: “pendientes suaves, encinas centenarias y alcornoques”. Desde mi atalaya, oteé el horizonte, ¿Dónde estaría ese lugar?

Capítulo 23

El imperio, septiembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

En mi colina el cielo está más cerca. Se ciernen las nubes deshilachadas tras la tormenta y despejan el horizonte. Fósforo, Marte y Júpiter se alinean en el firmamento en su trayectoria alrededor de la tierra. Y vuelve Orión a ser la primera constelación.

Se había convertido en un lugar divinizado, el tronco se retorcía creando un fabuloso mapa del tiempo en sus aristas, horadado en su corazón se había convertido en un observatorio de las estrellas. Me arrodillé y tiré de su mano para que emulara mis gestos. A través del hueco, le señalé.

Escrito está en ellas nuestro sino, Julio, y cuanto más fuerte es mi deseo, con más fuerza se vuelve contra nosotros. Guárdanos del miedo, ¡Oh, fortuna! Desata nuestros corazones y libéralos.

Julio posó su mano sobre la encina, su silencio era respetuoso. Enfocó con sus ojos los míos en la oscuridad, hurgando en ellos. Los arrugó, esbozó una reverencia hacia mí.

–Te esperaré –y se dio la vuelta adentrándose en el sendero de regreso.

Sus ojos, miel de caña, auguraban un traslúcido porvenir. Aspiré profundamente la noche y mis temores. Lo seguí.

Sobre la espesura se alzaba la sombra imponente del Santuario.

Capítulo 24

–He venido a llevar a Miss Margon a casa.

–Veo que tiene más valor que talento, acaba de pasar entre dos filas de rifles y ahora mismo está encañonado.

Gregory Peck, Jim Mckay, camisa blanca y mascota por sombrero, las cejas pobladas, negras, mirando con suspicacia a Julie que, asustada, esquiva su mirada para protegerlo.

–Los Hannassey no tendremos paz hasta que la calavera de Terrill no quede blanca por el sol. Esta lucha sangrienta él la ha empezado y yo voy a terminarla a su estilo.

The big country era otra de mis clásicas, su extensión me obligaba a verla en partes. Llegar a casa, tras una aburrida jornada, tenía otro aliciente. Creo que me enamoré de Jean Simons, era lógico que Gregory Peck abandonase a la novia caprichosa y expusiera su vida por la maestra. No había promesas de amor. Solo miradas. Ni al terco e ignorante Hannassey, se le escapó. Y tuvo que disparar contra su propio hijo, por honor, por ellos, por sí mismo.

Llega mi parte favorita. El Mayor atravesando en solitario el Cañón Blanco, la música épica resonando como los cascos de los caballos sobre la llanura. Chalton Heston se decide finalmente a acompañarlo en su lucha final y cabalga hasta llegar a su lado. Se suman el resto. El orgullo del Mayor, infundiendo valor a sus hombres, en busca de un duelo sin salida.

Y tras la muerte de los grandes rivales, ambos, ella y él, divisan las tierras que les pertenecen. Ni un solo beso. Pero aquel cruce de miradas prometía un dichoso porvenir para ambos.

Capítulo 25

El imperio, octubre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Subí al ara. Oficiaba la ceremonia por vez primera. A pesar de mis sueños premonitorios, incliné la pátera, con firmeza vertí el vino, sangre que ya no me pertenecía, derramado en abundancia sobre el focus.

> ¡Oh!, diosa, con esta libación, yo, Quintia Flaccina, te imploro, derrama tus gracias sobre nosotros, tal como hiciste con mis ancestros.

Graznó un cuervo.

Extraje el incienso de la acerra y lo esparcí sobre las llamas del altar.

Volví a percibir mi cuerpo. Las vísceras de la paloma revelaban la traición. Mi corazón, un único y poderoso latido desde la sien hasta el diafragma que hubiera perturbado al más fornido centurión, bombeaba desbocado.

La traición a mí misma y a los míos me sobrevolaba como un incómodo guardián.

Amar se ha vuelto deshonroso; pronunciar tu nombre, una blasfemia. ¡Oh, dioses impíos, por qué me elegisteis a mí, que quise ser pura!

Ceres, diosa de la fertilidad, acepta mi pudor de mujer. Ya no soy digna de servirte. El culto, contaminado como las entrañas de esta ave, es injuria.

Soy una serpiente arremolinada sobre mi propia culpa.

Capítulo 26

La excavación. Munigua, septiembre de 1989.

La sigillata es la cerámica más sofisticada del imperio, poseerla era un signo de distinción y buen gusto. Su acabado pulido, era de una suavidad extrema; una leve caricia, su tacto. Por su engobe rojo, brillante, su hallazgo se convierte siempre en un placer para los sentidos, especialmente para los de un arqueólogo. Si está rota, puede apreciarse el sello (de ahí su nombre, *sigillata*) del maestro artesano. La que encontré esta mañana llevaba grabada INHI en el centro de un minúsculo círculo junto a la boca del recipiente. La limpié con la brocha, la enjuagué con el agua de mi botella. La acaricié con cuidado entre los dedos, me la llevé al rostro, era tersa y suave como los pómulos de una mujer joven. El corte interno era también rojo, debía ser decorativa, propiedad de alguna dama, probablemente. Seguí observando mi recién descubierto tesoro antes de tener que compartirlo, de entregarlo a mi director y perderlo para siempre. En uno de los laterales fragmentados se apreciaban las patas delanteras en movimiento y la cabeza de una loba.

Siglar la cerámica podría parecer un trabajo escolar, pero necesitábamos horas de clases magistrales y enormes dosis de paciencia para clasificar los diminutos restos que se amontonaban en aquella mesa: lisas, de franjas rojas, de engobe de color negro, cerámica sin decorar, de materiales de construcción, fuente de barniz rojo pompeyano…campaniense (la negra), sigillata (la roja), cerámica común de almacenaje y cocina.

–Mira –Elsa me cogió de la mano y me la mostró intacta, enorme, lisa.

–Es preciosa, yo pondría una así en mi cocina.

–Sí, ánfora Dressel 20. Intacta. El envase más popular para el aceite. Tócala, cuando se la lleven al arqueológico, no podrás hacerlo.

–¿Crees que habría en su casa?

–Probablemente. Si el padre de Quintia se dedicó a este comercio, sí, arcillas de las mismas orillas del río Betis.

Nos quedamos allí los dos, muy cerca, pensando. Ella, vagando por la Bética de hacía casi dos mil años. Yo, a su lado, conformándome con estar viviendo ese momento.

Capítulo 27

El Imperio, noviembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Amo, querida hermana, con rubor, lo confieso. Ha sido paulatino, envolviéndome de bruma como aquella que se eleva desde el arroyo sobre nuestra colina confundiéndonos. Mi voluntad, arrinconada y vencida, yace exhausta. No supe resistirme. En tus ojos, fino cristal azul, se abre un abismo lleno de interrogantes para los que no encuentro respuestas.

Amo. Y con ese convencimiento arrastro tras de mí aquello que con tanto cuidado edifiqué.

Cuando Calpurnia, de apacible rostro, salió de mis aposentos, comprendí que se había roto algo en ese universo en orden y equilibrio, en el que se había cimentado hasta entonces mi familia. El flamen, Corduba. Allí residía mi compromiso. Y yo lo había roto, al pronunciar mi amor por Julio en voz alta, por vez primera.

Capítulo 28

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Mi lugar de trabajo era la ladera, al otro lado del muro occidental. Cuando el director me condujo hasta allí, creí que querría enseñarme un interesante lugar aún por estudiar. Decepcionado miré el rectángulo excavado en el suelo, algo menos profundo que un hombre.

–Aquí es, esperábamos encontrar piezas de derrumbe del muro primitivo. A día de hoy, los intentos han sido baldíos.

Yo asentía, esperando algún equívoco. Elsa seguía en las termas al cobijo del sol. Quizás necesitara ayuda allí. Sin embargo, el director proseguía:

–Pueden haberse convertido en material de sedimentación. En cualquier caso, debes dibujar los estratos, ¿traes material?

Le mostré mi bloc y mi lata de lápices. Cuando se marchó, miré a mi alrededor. Al menos disfrutaría de la soledad.

La posición resultó ser mucho más incómoda. Me sentaba en el suelo, en cuclillas unas veces; agachado, otras, para detectar los cambios de estrato. Trazaba, coloreaba, delimitaba. Amarillo ocre, rojo terracota, gris pálido ensuciado de azul para aproximarme a los tonos. Tenía un intenso dolor de espalda. Me apoyé en la pared que acababa de dibujar. Desenvolví el bocadillo. Aún quedaban dos horas para el almuerzo, sin embargo, estaba hambriento. Y cansado. Pensé en ella. Yo era un iluso, ella era simpática con todos, ¿acaso una mirada significaba tanto? Pero yo la había vislumbrado fugaz, una sonrisa atrevida y avergonzada a la vez, sin atreverse a proseguir la conversación. No me engañaba, ¿o sí? ¿Habrá algo más absurdo y disparatado que amar? Te estás equivocando, Valerio, me dije. Y mordí con avidez mi bocadillo de salchichón.

Cuando llegué, Elsa ya lo había matado con su zapato. Los gritos procedían de su habitación, sería ella en apuros, me dije. Su compañera de habitación, de pie, arrinconada, aún agarrada a la almohada, escudo protector contra la picadura, la miraba agradecida. Con esa mirada que yo esperaba lograr de Elsa, sus ojos verdes como la laguna en otoño, irisada por la sombra de las encinas, sus labios pronunciando mi nombre. En su lugar, me dedicó un gesto burlón y en verdad mi aspecto era ridículo: descalzo, en calzoncillos, camiseta floja de dormir, despeinado. Hubiera deseado esfumarme no sin antes hipnotizarlas como un prestidigitador para borrar de sus memorias mi absurda estampa: un caballero abandonado, sin caballo ni doncella.

Era resolutiva para todo, para hacer frente a escorpiones en la noche, también. Agazapado bajo la cama, cuando Raquel se disponía a acostarse lo descubrió. Su compañera de habitación hizo el resto. A partir de ese día reviso a conciencia todos los escondrijos de mi cuarto antes de irme a dormir. Incluso hoy, después de tanto tiempo.

Capítulo 29

El Imperio, diciembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Cuentan de un joven, Calpurnia comenzó su relato, que quiso desafiar a la diosa seduciendo a la púber muchacha que custodiaba el templo. Enojóse Fortuna:

–Tu osadía te apartará de lo que más amas.

Y olvidóse el joven de quién era. Como alimaña vagó por los montes treinta días con sus noches. Quiso la Fortuna compadecerse y lo guio hasta la ribera donde un anciano alfarero mantenía su taller:

–¿Quién eres?

–No lo sé.

–¿De dónde vienes?

–No lo recuerdo.

–¿Adónde vas, pues?

–Lo ignoro.

–¿Tienes familia?

–Lo olvidé.

Compadecióse el anciano de él y lo acogió. Aprendió el joven su oficio. A veces se perdía en una blanquecina mirada. El anciano aprendió a respetar sus silencios.

–Alguna vez amé, pero no logro recordarla –le confesó el joven en una ocasión. El anciano asintió y, colocándole una mano en el hombro, lo consoló–: concédete tiempo.

A la primavera siguiente una hermosa muchacha acudió de amanecida al taller. Brillaron sus ojos.

–Vengo del templo de Fortuna. Necesitamos un ánfora para el altar.

Y al verla, el joven recordó. Lloró, asumió su culpa y el castigo de los dioses.

Y así cada primavera, un ánfora más era trasladada al templo por el joven.

Calpurnia calló. Consciente del efecto de sus palabras.

Quintia salió de su habitación arrastrando en silencio su tristeza.

Capítulo 30

Febrero de 2015. *Duelo al sol*

Morir forma parte del ciclo de la vida, soy como aquel sultán al que vaticinaron que vería morir a todos los suyos y el váter fue ejecutado. En cambio, el que le auguró que sería el más longevo de los sultanes fue colmado de riquezas y bienes. Me abandonaron aquellos a los que más amé, y fui muriendo un poco. Elsa, mi esposa, los hijos que nunca tuve… me abandonaron en vida. Quizás no sea cierto aquello de que venimos a evolucionar, a mejorar la especie con nuestra existencia, a que otros aprendan a través de nosotros y nosotros, de nuestros propios errores. Y no aprendí. La vida me volvió a poner a prueba una y otra vez. Torpeza, ceguera, cobardía. Ya da igual. Solo quiero saber qué es todo esto y ¿para qué?

–*Luke* –la joven Perla, adoptada por su familia lejana, medio india, medio blanca, se ha enamorado del más canalla de los hijos.

–*¿Qué?* –un jovencísimo Gregory Peck, un proscrito por el asesinato del capataz del rancho y prometido de Perla ha regresado oculto en la noche.

–*Ensilla mi caballo* –insiste ella.

–*¿Por qué?*

–*Mientras yo me visto.*

–*Vestirte para qué.*

–*Para irme contigo. Date prisa, Luke.*

–*No te gustaría vivir allí, Perla.*

–*Sí me gustará, además te serviré de mucho. Yo sé guisar y tiro tan bien como tú. Y nunca me canso de montar* –Perla ya lo había demostrado montando la yegua que le había regalado él, cuando pretendía conquistarla.

–*¡Ah!, empezarías a querer que abandonara mis cosas, dirías que me iban a matar y hablarías otra vez de matrimonio y quién sabe qué.*

–*No, no lo haré, te prometo que no diré una palabra sobre matrimonio.*

–*Querrías venir conmigo siempre que fuese a divertirme o a jugar al póker.*

–*No lo haré, amor mío, con tal de estar junto a ti* –Perla lo había amado tanto como odiado por repudiarla, no iba a casarse con una india, la había engañado, ella había perdido con él su inocencia.

–Mira, yo deseo vivir a mi modo, no admito trabas. Volveré a verte de vez en cuando, como esta noche.

–Haré todo lo que quieras –la joven mestiza se agarra a sus pies, desesperada, implorándole, humillándose–. *No, no, Luke, no.*

–Pero, chiquilla, ya sabes que te quiero. Deja de lloriquear, tengo que irme.

Un portazo. El menor de los dueños de la Pequeña España se marcha a México. En la oscuridad del rancho, la luna se filtra iluminando el camisón blanco de la joven Perla que deshecha llora en el suelo de su habitación.

Perla había descubierto la pasión en su alma de niña, el deseo que provocaba le era ajeno, por eso no supo amarlo y creyó que dañándolo sería libre … pero ambos caminaban a su fin, como si la vida careciese de valor. Como si el dolor, la pasión y el odio, solo pudieran existir en el presente.

La roca de la Cabeza de India. Dos días de cabalgada. Dos disparos para avisarlo de su llegada. Perla apunta el rifle:

–No te veo, ¿me ves tú a mí? –un Luke ingenuo ahora se expone en el cerro como blanco.

Perla dispara…y acierta. Llora, creyendo haber acabado con él.

–Maldita traidora, fiera salvaje –un disparo de Luke como respuesta. Perla cae, la bala llegó al pecho.

–Creo que esto ya está solucionado –se mira la herida en su propia pierna, pero se asusta, no pretendía matarla–. *¡Perla!, ¡Eh, Perla!*

Se oye un nuevo disparo.

–Esta vez acertaste –Luke está herido en el vientre–. *Es inútil que siga mintiendo, se acabó todo. Perla, ¿me oyes?*

–Sí.

–Perla, estoy muriéndome, ven aquí, quiero verte, tengo que verte, te quiero Perla, te quiero, ven date prisa.

–Luke, quédate, aguanta, espérame, Luke.

Mortalmente heridos, crece la angustia de los amantes.

–Siempre decías que sabías tirar, pero nunca lo creí.

–Te quiero, te quiero, Luke.

–Perla, no llores más.

–*Tenía que hacer esto, Luke, tenía que hacerlo* –apenas un hilo de voz le sale a Perla entre estertores.

–*Sí, claro, sí, lo comprendo, déjame abrazarte.*

–*Abrázame, Luke.*

Roja la falda de Perla, rojo el pañuelo de Luke, rojo el rastro de sangre sobre las rocas hasta el encuentro de los amantes. Un beso.

–*Mi fierecilla.*

Un último beso para ambos.

Las rocas, el silencio y el sol.

Capítulo 31

El Imperio, enero del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Un canto nuevo me traes, con una nota nunca antes tañida: tu nombre.

La tierra, cómplice de mi felicidad, desparrama mis humores brotando en diminutas amapolas. Susurro tu nombre para reconocerte en mi paraíso, hechizado por melodiosos acordes, como un conjuro entonado al viento, para ahuyentar incertidumbres. Irremediables mis sentimientos como mi condena.

Puedo alimentarme de tu olor, a mar abierto contemplado desde tierra firme, a brisa limpia, a otros lares. Muerdo tu cuello tibio, atada a la vida, lejos de los dioses y los exvotos; la carne, intacta, casi idolatrada. Dejamos un rastro animal, pues ya no somos hombre y mujer sino sudores convertidos en lluvia.

Mi tiempo es distinto. Cierro los ojos y respiro pausadamente hacia un estado cercano al sueño que tiende sus brazos de consuelo, susurra palabras incomprensibles, fórmulas sepulcrales, *Dis Manibus sacrum,* la consagración a los dioses manes que recité esta tarde.

¡Oh, tú, alma de mis antepasados, sé benévola con tus descendientes como otrora lo has sido y así como fuiste virtuosa en vida, lo sean tus nietas y honren así tu linaje. Tú, casta Luna, diosa, honor de los astros y guardiana de los bosques, hija de Latona, hazte presente por la gracia que me ha sido encomendada por Fortuna Creciente y guía mis pasos!

En la lápida, mi nombre, mi edad y mi condición social "sacerdotisa de Ceres". *Hic situs est.* Aquí descansa Quintia Flaccina *sit tibi terra levis, que la tierra te sea ligera.*

El aire fresco huele a encina, roza mi piel, te siento más cerca, como una brisa de mar desaparecido. Aquel dolor arcano fue asumido por mi cuerpo como las piedras al tiempo. Vas conmigo y no habrá quien pueda alejarte de mí. Ceres, oye mis cuitas. Erigiré un altar para ti ante la puerta del foro.

Si una lira puede romper la vida en esquirlas, lloro ante la luna que vertiginosa se oculta para no alumbrar la caída.

No quiero ser una ninfa varada en territorio extranjero.

Capítulo 32

La excavación. Munigua, octubre de 1989

Valerio sentía cerca algo intangible, no acertaba a describirlo con palabras, una vaharada blanca lo había envuelto la primera vez que ella se le acercó. Fue extraño, quizás inquietante, pero una sensación agradable. Era la primera vez que veía a aquella mujer, sin embargo, se le antojaba tan familiar, ¿se habrían visto antes?

–¿Crees en la reencarnación? –le pregunté sin preámbulos una tarde.

–¿En la reencarnación? –repitió para sí, incrédula. Elsa irguió el cuello ante mi pregunta, frunció el ceño, parpadeó, elevando los ojos buscando alguna lógica a mi pregunta.

–Es la creencia de que nuestra alma ya habitó otro cuerpo y lo volverá a hacer cuando abandone el nuestro –quise aclararle.

–Sé lo que es, Valerio –me interrumpió cortante. Ahora me miraba muy atentamente, aguardando.

–Es como si nosotros ya nos hubiéramos conocido por ejemplo aquí, en Munigua, en tiempos de Marco Aurelio.

–¿Nosotros…? –su incredulidad iba en aumento, incluso había soltado el lápiz con el que tomaba notas de lo realizado durante la jornada.

–En otros cuerpos, pero nuestra alma sería la misma, tendríamos memoria, recordaríamos vidas pasadas –al ver su perplejidad intenté salir airoso de la situación–. O algo así, debe ser el calor que me está afectando.

–¿A qué viene esto? –Elsa había pasado a la acción, muy propio de su carácter.

–Nada, no me eches mucha cuenta –cómo aclararle que tenía la sensación de que ya la había conocido, que sabía cómo era y cómo se sentía, que la había amado y que ella, o más bien, yo, tenía otra oportunidad, la de tomar una decisión distinta a la de aquella vez. Cambié de tema.

–¿Qué anotas? –le pregunté mientras asomaba la cabeza por encima de su hombro y curioseaba su libreta negra.

–Traduzco un epitafio sepulcral: la inscripción a Fortuna Augusta de Libertos de Fabia Ursina. Debía ser una mujer poderosa y respetada.

–“A Fortuna Augusta, enaltecida por el testamento de Fabia Ursina, procedente de la herencia del liberto Fabio, Mamerco, Mario Salvio, Tercero, Psique” –leí en voz alta.

–Sí, de nuevo la diosa Fortuna, muy presente en Munigua –aseveró Elsa, concentrada en su tarea.

Sería hace siglos, pensé para mí, no debo caerle muy bien a esta diosa.

Capítulo 33

El imperio, febrero del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

No me juzgues, hermana, no me enorgullezco. ¿Acaso no están los dioses para calmar nuestros temores? Mi estómago, cual sierpes, se enrosca. El fuego del altar, como el del hogar, encendido ahuyenta el miedo. Tu candorosa sonrisa es un amuleto contra la muerte.

Concluida la cena, me levanté de la mesa, cogí mi plato y eché los restos a la lumbre que ardía en el pequeño altar familiar. Con solemnidad anuncié que los dioses se mostraban propicios.

Abrí la pequeña portezuela del balsamario en forma de dios y lo rellené con incienso. Un agradable olor invadió la estancia. Deposité la corona de espigas y el racimo de uvas que había traído Calpurnia para los dioses manes. Coloqué mi mano derecha sobre el ara y con la izquierda realicé las libaciones.

No debía haberlos honrado debidamente pues desde hacía noches me asaltaban angustiosos sueños, quizás sus quejas se habían adueñado de mis noches.

Capítulo 34

La excavación. Munigua, octubre de 1989

Preparábamos algunos hallazgos para el Museo Arqueológico de Sevilla. Concienzudamente los limpiábamos, catalogábamos e introducíamos en cajas bien diferenciados y protegidos para preservarlos de los posibles golpes en los traslados. Elsa se había quedado encaprichada de un balsamario de bronce del siglo II.

–Mira, un guardaperfumes, se utilizaría en ofrendas al difunto en ritos domésticos. Yo pondría uno así sobre mi cómoda, ¿no es precioso?

–Ummmm –lo sostuve con cuidado. Era un busto masculino vestido con un manto simple en su hombro izquierdo. Sus cabellos demasiado abultados lo hacían parecer un efebo o un joven Baco–. Sí es interesante, supongo que aquí en el orificio que se abre en la cabeza se depositaría el polvo oloroso para quemar o el bálsamo para la unción –lo examiné a conciencia–. Pero no me lo imagino en mi habitación, Elsa, y menos sabiendo que se usaba para difuntos.

–Pues a mí me encanta–corroboró y continuó observándolo con delicadeza.

Capítulo 35

El imperio, marzo del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

En los idus la luz no desaparece, la noche es luminosa como la del día. Entonces, en plenilunio, una noche sin tinieblas se dedica a Júpiter el sacrificio. A la hora suprema, tras la puesta de sol, el flamen ofreció una oveja recién parida como cada mes, tal como dicta la ley. Perdonadme, ¡Oh, dioses!, no es a mí a quien corresponde dirimir vuestra elección.

Y abriendo la palma de su mano me mostró la más hermosa perla engendrada por el Mar Rojo: luminosa, redonda y pulida.

–Digna de una diosa, –posó su mano sobra la mía– Quintia.

Mi nombre se elevó suspendido entre nosotros. Y nos cubrió el silencio cómplice.

Trastornaré con mi dicha el equilibrio del universo. Castigarán nuestra felicidad los dioses.

–Quédate, Quintia, los dioses nos son propicios –su voz resonó firme.

Y me quedé.

No supe resistirme. Ineluctable.

Invoqué a Ceres, de la tierra brotó su vaticinio:

–Ya has crecido. No eres mujer de dos corazones.

El tiempo se aceleraba y yo no podía detenerlo, ¿por qué se había girado en mi contra?

Escollos remando en mar tempestuoso se han vuelto mis horas.

El amuleto en forma de pez se ha roto. Guardo los trozos en mi cofre.

Capítulo 36

Marzo de 2015. *Los que no perdonan*

Probablemente porque siempre he sido cobarde, la llamada del doctor Fuentes, pese a abrirme una opción esperanzadora, me sumió aún más en mis cavilaciones. Un tratamiento pionero en Madrid, con muy buenos resultados en EEUU, podría alargarme la vida, pero ¿qué probabilidades habría después para mí?, "las mismas que tiene cualquier ser humano", me respondió.

Cabalgaba sobre un blanco corcel casi salvaje, sus negros cabellos indianos al viento y su enorme sonrisa, seductora inocencia preparándose para descubrir el mundo de mujer. Burt Lancaster la regañaba como hermano mayor, debía marchar con las otras mujeres y dejar de coquetear. Ella, con frescura, lo desafía, incluso podría casarse con él, no eran hermanos de sangre.

El DVD se atascó, lo saqué y lo limpié con la manga de mi forro polar. Estaba dispuesto a trasladarme a ese lejano oeste donde el más duro era también el más noble. Aquella debiera haber sido mi tierra, reflexioné cuando volvieron a aparecer ambos en la pantalla, Audrey Hepburn aferrada a su hermano, montada a la grupa. Mojaba mis doritos en la salsa de guacamole. Y abrí mi coronita. Era una sesión especial, la de hoy. Alejada de tristezas. Aquel mundo era extremo: vivir o morir. Disfrutar mientras tanto.

–Di sí o no ahora, ahora mismo, ¿me entiendes? –ella lo interroga, desafiante.

Él se marcha pensativo, revólver colgando en su funda, entra en su casa, la luz tenue del crepúsculo se filtra en la estancia.

–Tenía que ocurrir, mamá –después de empinarse la bota de vino ansioso.

–¿Qué, hijo?

–Organizaremos el más grande, más loco, más tremendo y sonado baile y banquete de bodas celebrado en este lugar abandonado de Dios.

Lancaster dispuesto a emborrachar su amor por ella, negado a sí mismo. Ella, cabizbaja. Él había concedido su mano a otro. Ambos decepcionados. La madre, ajena a ese amor, ilusionada con los desposorios inminentes.

–¿Estás segura? –pregunta su madre.

–Claro que sí, ¿acaso no es el más apuesto de todos? – sin convencimiento, afirma, bajando la cabeza al pasar junto a Ben, las

manos cruzadas detrás.

Él continúa ahogando en whisky malo de Wichita su frustrada posición.

Capítulo 37

El imperio, abril del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

–Estarás muy acostumbrado a tratar con comerciantes, aristócratas, rufianes y marineros. Pero poco a tratar con sacerdotisas –fingí cierta indignación.

–Ummmm –Julio pensaba con agilidad–. Una pariente de mi padre es flamínica.

–No te creo.

–De la Diva Faustina Augusta, en el templo de Antonino y Faustina en Roma, en el Foro.

Mi escepticismo lo animó a aportar más datos.

–El sacerdocio de flamínicas fue instituido por Antonino Pío cuando ella murió. Se dedican al culto de Faustina. Te recuerdo que la familia Aelia pertenece a la aristocracia de Roma.

–Sí, sí ya me lo has dicho, Julio. ¿Qué noticias tienes de Roma? –pregunté preocupada.

La peste de Galeno, nueve años después de que se llevara al emperador Antonino Pío, regresaba a por su hija. Augusta Annia Galeia Faustina murió en el invierno de Halala, acompañando a su esposo en las campañas. El emperador se enfrentaba de nuevo a una epidemia sin cura, que se propagaba más rápido que el miedo y que hacía tambalear los cimientos del Imperio.

–Dos mil diarios –suspiró, Julio evitaba mencionar cualquier tema que trajera sombras a la vida.

–Que los dioses nos asistan, dos mil muertos diarios…–y me invadió un miedo atávico, a la muerte, a la de los otros, la mía no la contemplaba en ese instante, a perder a Julio– tu familia ¿está bien?

–Sí, están todos bien, de momento –y sus palabras quedaron como una duda inquietante amenazándonos.

Quintia se dobló sujetándose el vientre con ambas manos, arrodillada, el suelo frío aliviaba el dolor, un dolor cargado de esperanzas, la tierra iba a abrirse de nuevo a la vida, sus cabellos sueltos cubrían su silueta, invocó a Ceres. Había depositado en su altar una estatuilla de una mujer y su hijo. El dolor se iba intensificando, desde los riñones hacia delante, cada vez más continuos. Se aferró a la gema de su madre, la misma que llevaba el día que Quintia nació.

Tenía forma de útero, engarzada en un anillo donde aparecía la letra griega alfa. Su madre le había explicado que procedía de un taller oriental, su padre lo encargó a uno de los mercaderes cuando quedó embarazada de ella. Sus poderes mágicos eran conocidos en todo el Mar Nuestro. Quintia solo deseaba que todo esto acabara, y acabara bien. Empezó a gritar. Iba a nacer su hijo. El suyo y el de Julio.

Una de las esclavas irrumpió en su habitación. Quintia despertó. Aún gritaba. Pidió agua para disimular sus lágrimas, no sabía si de dolor o tristeza.

Capítulo 38

–Es un simple bloque –comenté al ver el pedestal consagrado a Ceres Augusta.

–Sí, de disposición horizontal, estaría colocado en una hornacina alta.

–Soportando la estatua de la diosa, supongo.

–Pero con los rasgos de Quintia –aclaró Elsa– algo muy común en la época, sería una *consecratio in formam deorum*.

–Estaría situada a la entrada del foro –recordaba de las notas leídas juntos, así aportaba algo a la conversación con Elsa.

–En un lugar preferente, por su magnificencia hacia la comunidad. Colocarían cercanas también las dos estatuas de miembros de su familia, Lucius Quintius Rufinus y Lucius Quintius Rufus.

–Padre e hijo, los duóvirus.

–Sí, los magistrados que presidían el gobierno del municipio durante un año. El ara a Hércules estaba dedicada por el hijo. Dedicó otra similar en Algeciras, junto al Estrecho.

–Es el primer ciudadano atestiguado fuera de Munigua, si no recuerdo mal.

–Sí, uno de los datos que muestran los contactos externos del municipio. Además, esas aras con roleos acantiformes son extraños en la Bética. Los similares se encuentran en Roma, así como la construcción del Santuario de Terrazas, similar al del Lazio. Debía haber una relación comercial con la capital del Imperio.

–La oligarquía de Munigua costeando templos, edificios públicos, Quintia también pertenecía a ella, claro.

–Sí, durante siglo y medio regentaron el poder coincidiendo con el reinado de Adriano, el municipio muniguense se llenaría de inscripciones, imagínatela llena de letras rojas por el minio que las rellenaba, recordando a los munícipes su contribución a la ciudad.

–Como los políticos de hoy –introduje una cuña por tener más argumentos que aportar, lejos del interés de Elsa por este período, yo me limitaba a subrayar algunas notas para acompañarla en sus investigaciones. Mi interés era otro.

–Más o menos –sonrió Elsa, sabía que el concepto de los políticos en Alemania no es similar a la nuestra, así que no pude ahondar en el

tema. Quería agradarla, añadí: –la flamínica ofreció también una estatua de plata al genio protector de la ciudad.

–¿Imaginas esto? –señaló el entorno en el que nos encontrábamos–. Debía parecer un parque temático con tanto colorido.

Y se quedó absorta en sus pensamientos sonriendo para sí.

Capítulo 39

El imperio, mayo del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Julio ha partido hacia Baelo Claudia.

–¿Por qué ahora? –lo interrogué sin ambages al saber la noticia por mi padre.

–Los atunes cruzan dos veces las columnas de Hércules. En Julio y al final de la primavera. Es buena estación para vender las ánforas en Roma. El mercado de Salazones es una fuente segura de ingresos.

–Podrías aguardar a septiembre para marcharte.

–Las almadrabas están atiborradas de las capturas de pez espada, esturión y, muy pronto, de atún. Lucio Vecilo, mi contacto allí, me indica que es el momento.

–Iré contigo.

Julio me miró cortésmente, sonrió y contuvo un suspiro, aguardando a que yo fuese consciente de mi actitud.

–Lo siento –avergonzada me compuse–. En otra ocasión, quizás.

Y como si narrara una historia a un niño para distraerlo, comenzó a explicarme.

–En una gran sala que da a la calle se recibe el pescado y se descuartiza. El suelo de mortero está inclinado hacia una pililla por donde se evacua la abundante agua necesaria para lavar el pescado y los desperdicios. Detrás están los saladeros con grandes albercas revestidas de un mortero impermeable de arena, cal y ladrillo.

Me perdía en la descripción de una ciudad que desconocía y en su inminente ausencia durante más de dos meses.

–Allí se coloca el pescado previamente cortado en trozos pequeños en la sala anterior, formando hileras alternadas con otras de sal. Veinte días después se traspasan a unas ánforas de cuello ancho. Estas son las que transportaré a Roma.

Te recordaré cuando los aljibes de agua fresca mantienen limpia el agua recogida de la lluvia.

–Tu primo Lucio Quintio ya estuvo allí, mandó erigir también un ara a Hércules como el de aquí, ¿Quintia?

–Perdona, eh… ¿decías? –me sacó de mis cavilaciones.

–Tu primo, ha estado allí, él te habrá contado.

–Eh… sí, sí pero el ara está más al sur, donde se pierde el extremo de la tierra hacia el mar, mirando al otro continente, no en Baelo.

Y si mostrárase proceloso el mar que te trajera de vuelta, no pienses, orgulloso Julio, que por mí sería guardada tu orilla. Limpiaré la herida cual profunda sea hasta que en tu ausencia cicatrice.

Dos meses. Me repetía a mí misma. Dos meses.

–La casa rojiza y ocre, flanqueada su entrada por un camino de cipreses alineados que delimitan los campos de heno. Espigas verdes en primavera; doradas en el verano –entornaba los ojos recordando su imagen.

–¿Un sueño?

–No, no, existe, la vi hace años, en la región situada al sur de Roma. Me dije “este es el lugar”. Cuando los límites del mundo me hayan cansado, aquí me estableceré, con mi esposa. Y tendremos muchos hijos.

–¿Por qué me cuentas eso?

–Porque será también tu casa.

–Mi lugar está aquí –respondí ofendida–. No entiendes nada.

Cada vez se iba despejando más el camino, esclarecido de tanta maraña inservible. Y nuestros destinos se iban distanciando. Pensé que estaba construyendo una ínsula, como las que se construían de sesenta pies de alto en la urbe, y que se derrumbaría. No sabía la hora pero sí que no quería estar debajo para que me sepultaran sus escombros.

La luna había crecido. Un enorme disco luminoso que iluminaba la noche. Sesenta veces habría de ponerse hasta su regreso Me dirigía al Santuario. Julio Elio me aguardaba allí.

Fresca la hierba al despuntar el día. Casto lecho para dulces abrazos. Y la sombra de Baelo, ¿cuánto tiempo podrá esperarme?

Capítulo 40

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Resultaba tan extraño contemplar a Elsa al borde del llanto que no supe cómo actuar. Así que me limité a permanecer de pie a su lado y en un impulso que me sorprendió le acaricié el pelo.

–¿Cómo han podido?, llevo tanto esfuerzo invertido en esto. No se facilitan las cosas a una mujer de donde vengo. Ni siquiera mi propia familia lo entendió. Les expliqué que para mí era muy importante.

Parecía haberse desatado el soliloquio de una escena teatral y no me atrevía a interrumpirlo. Asentí para que prosiguiera.

–¿Acaso no puede una mujer amar a su familia y su trabajo a la vez?, ¿es que debemos elegir?

Comprendí que la opinión de un hombre en estos momentos podía acarrear un ataque de ira sin precedentes. Pero ella no me consideraba un hombre, al menos no me miraba como tal. No tenía nada que perder.

–Es injusto, Elsa. No debería ser así. Pero aquí también ocurre. Eres una profesional entusiasta y rigurosa, seguro que eres también una buena madre –pero no parecía oírme, continuaba en su discurso de frustración y reivindicación, así que opté por aumentar el efecto de mis palabras–. Mírame, Elsa. No estás sola. Me tienes a tu lado. Iremos a hablar con él, le expondremos tus argumentos. Cambiará de opinión. Nadie sabrá transmitir tus conocimientos sobre Quintia con el mismo entusiasmo que tú.

Al fin, salió de sí misma y me vio, quizás por vez primera, con otros ojos. Se irguió y se abrazó a mí.

Capítulo 41

El imperio, junio del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

“Caro a los dioses es, mujeres, el rito con el que me habéis dedicado”, agitando el sistro repetía estas palabras la diosa en mis sueños. Isis Domina, la advocación con la que Lucio Vecilo le había dedicado una inscripción en Baelo, adornaba su cabeza con la corona solar y serpientes que no cesaban de agitarse. La diosa Fortuna me recordaba mi traición.

Traza el mar una línea de azul puro en el horizonte de donde vienes. Tu orilla fue mi tierra; nuestro encuentro, una isla con lenguaje propio. Pero son otros los mundos que habitamos. Te debes a los hombres, al comercio, al bullicio, tus logros son éxitos para nuevos negocios. Me debo a los dioses, al espíritu, al silencio, mis ofrendas son plegarias para nuevos ritos. Elegiría nuestra isla, si me fuera concedido habitarla junto a ti. Consagraría en ella un altar a Fortuna Muliebres, siendo ya mujer.

Pero no me perteneces y, aunque conozco tu alma, la cubres de hermosos tapices que la protegen de visitantes, de mí misma y, como un actor, te enmascaras para no ser reconocido.

Si te sientes desnudo, vulnerable es a solas. La multitud te serena pues en tropel no pueden ahondar en ti.

Resuenan tus palabras en mi lecho.

“Todos mis caminos conducen a ti”. Te marcharás y continuará la alborada alzándose sobre la colina, gorjeando las palomas y seguirá el arrullo de tus promesas acompañándome en mis noches. Ahuyentarán tus palabras mi soledad, sonríe mi corazón al recordarte.

Estoy preparada.

Capítulo 42

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

–Fijaos –el director sostenía uno de los bustos femeninos colocados sobre la mesa de trabajo–. Por su fina depuración y color deben haber salido todas del mismo taller.

Observamos los tonos marrón–rojizo, con tonos violeta de los bustos con ojos ciegos, boca pequeña y labios griegos; otros, con cabeza delgada, peinado con raya en medio, ojos muy grandes y orejas desprendidas y un tercer tipo con expresiones altivas y malhumoradas, mentón retraído y labio superior avanzado.

–¿Por qué son todos tan similares?, parecen muy jóvenes– pregunté interesado.

–Efectivamente, lo son. Porque no se correspondían con la edad del difunto. Simplemente habría unos modelos que podrían adquirirse y el comprador escogía entre estos peinados, caras e indumentarias –nos explicó el profesor mientras señalaba los diferentes bustos.

–El donante de terracota le daba un último adiós al difunto de este modo –sentenció Elsa.

–Así era, colocaría en el túmulo una de estas terracotas datadas en el siglo II, las primeras fechas de utilización de estas fosas.

–Son de época antonina, entonces–confirmé.

–Desde época Flavia a Antonina –puntualizó el profesor Schattner.

–Coincide con las fechas de la mayoría de estatuas halladas en las termas–comentó Raquel mientras se aproximaba a Elsa que observaba uno de los bustos femeninos.

–Sí, estamos en el siglo áureo de Munigua: el siglo II d. C– explicó el profesor–las esculturas de mármol halladas en las termas también pertenecían a este periodo. Son superiores en calidad a los de caliza –corroboró nuestro director.

–¿Se refiere profesor a la ninfa y a Hispania? –pregunté interesado.

–Entre otras, esas son las mejores conservadas y, seguramente, la ninfa se colocaría en el ninfeo, medio siglo después de su edificación, tras una remodelación –me aclaró.

Aquella tarde, después del seminario que nos había impartido nuestro director de excavación, continuamos Elsa y yo con las cerámicas.

–Pero aquí son tardías, de época antonina –durante los días de etiquetado había aprendido nuevos datos que no tardé en emplear para sorprenderla–. En Roma este motivo decorativo con roles acantiformes era de época flavia.

–Habría un taller de elaboración local –Elsa seguía observando la cerámica–. Curioso… ni en Itálica se encuentran piezas similares –prosiguió Elsa muy interesada en mis comentarios.

–Conexión directa entonces Roma…

–…Munigua –apostillé.

–Sí, estamos más cerca de lo que pensamos. Debía haber comerciantes procedentes de Roma, puede que conectados con familias asentadas aquí, lo cual aseguraba un fluido caudal de capital y productos desde el corazón mismo del Imperio hasta la Bética. Es probable que la familia de Quintia fuera una de ellas, pero ¿Qué habría en esta colina para que llegaran aquí desde el corazón del imperio? Y, ¿quién o quiénes serían los responsables de mantener esta ruta abierta?

Capítulo 43

El imperio, julio del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Acudí al foro, a hora temprana, mi padre me recordaba que no era el sitio para una mujer sola. De eso se ocuparían los criados y esclavos, pero me sentía libre. Utilizaba túnicas discretas para no llamar la atención. Me gustaba ver a los fabricantes y vendedores mostrar sus mercancías. El mensurador de trigo, postró una rodilla en el suelo y con un rasero midió un celemín reglamentario. Los bataneros, lavanderos y tintoreros se colocaban juntos. Molineros, reposteros y confiteros en el otro lado.

El espacio era pequeño, insuficiente para distinguir tantas especialidades como me había contado Julio que se separaban en Roma: batidores de oro, artesanos del lino, perfumistas, floricultores y joyeros especializados en sortijas o en perlas. Allí había un lugar para cada oficio y un almacén para cada mercancía. En Munigua el mismo tendero ofrecía aceite, vino y trigo. Además, podía conseguirte tejidos, cerámicas y espejos.

A los pies del Aventino, el puerto de Ostia almacena productos de todo el Imperio. Julio había atracado en los puertos más importantes: Alejandría, Cartago, Cerdeña, pero se iluminaba su rostro al hablar del puerto de Ostia.

–Allí verás, Quintia, todos los productos del Imperio almacenados: el ámbar del Báltico, el oro de Dalmacia y de Dacia, el estaño de las islas Cassiterides, los cristales de Fenicia y Siria, los corales y gemas de la India, el marfil de Mauritania.

Julio intentaba seducirme como lo habría hecho con tantas otras, pero los lujos no me atraían.

–Son muy reputados los salazones de la Bética, el plomo, la plata y el cobre de esta península, el aceite de Hispania está entre los artículos de lujo, junto al trigo de Egipto y los dátiles de sus oasis.

Entonces sí despertó mi interés y supo continuarlo. Incluso bajó la voz acompañado de un gesto, extendía su brazo hacia el horizonte como si fuera alineando todos estos productos para mí:

–Los papiros del valle del Nilo, las sedas de China enviadas en la estación del Monzón, sobrehiladas con algodón por bordadores de Antonina, la comerciante.

–¿Una mujer?

–Dos, en realidad. Una, especializada en lana; la otra, en seda.

Bateleros, almadieros y sirgadores habían abandonado sus pequeñas embarcaciones y se habían puesto a las órdenes de nuevos comerciantes como Julio que les aseguraban el sustento y el de sus familias. Entre ellos encontraba a los más fieles obreros para su empresa. Tácito era uno de ellos, encargado de lastrar las embarcaciones, había venido a Munigua con Julio para gestionar el comercio en Híspalis. Ahora lo acompañaría a Baelo.

Capítulo 44

Marzo de 2015. *Raíces profundas*

Siempre he vivido como si me hubiera equivocado de época, adaptándome pues no hay nada más poderoso que la vida. Pero mi lugar lo he encontrado en el silencio de las piedras, en los secretos que murmuran los troncos de las encinas, en los anhelos que remueve el viento.

En Munigua estuve más vivo que nunca. Las monedas, los sarcófagos, los cimientos de las casas, los fragmentos de cerámicas me contaban sus historias y yo las escuchaba. Lo que para otros eran vestigios fúnebres de otra época para mí era la Bética, viva y exultante y casi podía sentir la respiración de sus habitantes confundida con la brisa cálida de la tarde.

Era esa misma emoción la que veía en el brillo de Elsa, en el timbre de su voz cuando leía los estudios de los nuevos hallazgos en "nuestra colina" como llegamos a llamarla. Llegué a sentir el esplendor de aquella ciudad bajo el Imperio junto a ella y supe que había amado en otro tiempo, en otra época. Y deseé una oportunidad. Igual que ahora.

Fanfarria de trompetas, golpe de platillo y trombones. En mayúsculas rojas ocupa la pantalla un nombre: "SHANE". Melodía romántica de cuerdas como el cabalgar del jinete que, dándonos la espalda, divisa un valle, una naturaleza indómita, salvaje, hacia la que desciende. Tuba y clarinetes, notas largas y arpegios, flautas para la contramelodía. Se aleja la música, tierna como la imagen del ciervo que bebe de su reflejo en aguas apacibles. La bruma azulada se dispersa ante las montañas nevadas y, de entre los matorrales un niño observa la escena con cautela, escopeta en mano. Tras él, la chimenea del modesto rancho humea. Se acerca el jinete, huye el ciervo. Comienza la épica.

Mis pies están listos sobre la banqueta, el sofá, más desvencijado que yo, se amolda a mi cuerpo y sostengo una cerveza bien fría.

–Shane, espere, dijo que no quería usar otra vez el revólver.

–Cambié de opinión.

–¿Estás haciendo esto solo por mí? –Jean Arthur espera respuesta desde la ternura de sus ojos azules.

–Por ti, Marian, por Joe y por el pequeños Joe.

–Entonces, ¿no volveremos a verte más?

–Nunca es demasiado tiempo, Marian. Dile, dile que lo siento.

–No hace falta decírselo. Por favor, Shane.

–Mamá –el pequeño la avisa.

–Por favor, ten mucho cuidado –un apretón de manos, miradas.

–Mamá, papá está volviendo en sí.

Shane ha vivido y trabajado para la granja de la familia Starret durante un breve tiempo, dándose una oportunidad para vivir de otra manera, pero un pistolero es siempre un pistolero *"No puede uno dejar de ser lo que es, torcer su destino. Yo lo he intentado inútilmente"*. Le explica al pequeño Joe que llorando no acierta a entenderlo e intenta retenerlo.

Capítulo 45

El imperio, agosto del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio.

Al amanecer el ruido ensordecedor de los esclavos limpiando cornisas y pilastras, ruido mayor del habitual, indicaban alguna novedad en la jornada.

Posé mis pies desnudos sobre la alfombrilla, anudé las sandalias al tobillo, ceñí el cinturón que saqué del arcón con la segunda túnica superpuesta sobre la que había usado para dormir, me lavé las manos y la cara en la palangana, bebí un vaso de agua y salí de mi estancia.

Mi padre daba órdenes.

> –¿Qué horas son estas, Quintia?, ¡La hora tercera y todavía no has comenzado! Ni la campana de la servidumbre te despertó.

Fuera de mi estancia Secundio esparcía serrín en el triclinium para luego barrerlo mezclado con la basura con la escoba de palmas verdes entrelazadas.

–Hoy cenamos acompañados –me aclaró mi padre–. Julio Aelio ha regresado de Baelo.

–Sí, lo sé –respondí contrariada, mi padre se irguió suspicaz–. Ha estado aquí Quinto Elio –me apresuré a aclarar ante cualquier sospecha que pudiese albergar.

–Oh, pues ha traído Sargo, esturión del mejor y trilla, ya están en la cocina, Marcella los preparará. A la primera hora de la noche vendrá con su padre a cenar. Tenemos que hablar de negocios.

Mis inquietudes, deseos, incertidumbres se apisonaron. Asentí y esbocé una leve sonrisa.

–Sí, padre.

Reparé en que el tonsor ya debía haber venido, le había cortado los cabellos e igualado la barba, venía cada dos o tres días.

Los muniguenses estábamos acostumbrados a una dieta carnívora: cochinillo, vaca y ciervo, sobre todo. Nuestras dehesas estaban pobladas de cerdos que se alimentaban de las bellotas que caían de los encinares. Las palomas que habitaban el Santuario, instaladas en sus altos muros, también habitaban nuestros platos, aunque yo prefería los torcaces de los bosques.

El pescado era un codiciado manjar, pero, a veces, las acomodadas familias de nuestra ciudad conseguían encargos de la

vecina Baelo.

Regresé a mi estancia, prefería ahuecar yo misma mi almohada de plumón de cisne y extender las dos mantas. La que cubría el colchón y la que me cubría a mí. Estiré el cubrecama adamascado, regalo de Quintio Vernáculo, traído de su último viaje a Antioquía.

Avisé a Glauca, la ornatriz. Saqué el estuche de tocador, una cápsula con un depósito que contenía los alabastros de donde salían pomadas y afeites. La paleta de pizarra me sirve de cierre y, a la vez, mezcla polvos y colores. El medallón de la tapa muestra en relieve a Neptuno, Mercurio y Marte. Invoqué su ayuda para guiarme.

Glauca me ayudó a colocar las trenzas en forma de diadema.

Las de mi madre eran de un hermoso negro ébano postizas por los cabellos encanecidos. Yo la animaba a dejar que crecieran sus cabellos ceniza como las que esparce la haya recién quemada, pero ella se empeñaba y la hacía traer esta tintura de la India pagando el impuesto requerido para tan preciada mercancía.

Una vez depilada, me pintó de blanco la frente y los brazos con albayalde.

–El rojo, discreto hoy, Glauca, por favor –apartó el rojo intenso del poso de vino y escogió el frasco con ocre de fucus para los pómulos y labios. Quería estar bella y sencilla, arreglada pero natural. Polvo de antimonio para contorno de ojos negro y para las pestañas.

Saqué el frasco que contenía cuerno molido para esmaltarme los dientes.

Revisé mis joyas. Con su ayuda fui escogiendo la diadema y los pendientes, los aros de oro, el collar de cuentas semipreciosas verdes, no quise privarme de mi amuleto de pez, ya reparado, así que lo oculté. El anillo ovalado de ágata oscura sería un complemento perfecto, pues representaba a Apolo portando la lira. Para los tobillos, un sencillo aro.

Glauca me ciñó la estola adornada y bordada en oro con el cinturón. El chal rojo largo que caía hasta los pies me resultaba algo incómodo, pero ya me había acostumbrado. Prefería el ligero algodón a la lana, hasta que descubrí la seda, ligera, flexible con los hermosos tornasoles que los tinteros sabían extraer de ellas: rojo de la púrpura, amarillo del azafrán, blanco de creta, azul del glasto, con los tonos añiles que se obtienen de esta planta, o el negro obtenido de las agallas del roble.

Escogí la roja.

–Señora, armonizan, pero quizás demasiados rojos.

–Está bien así, gracias.

Saqué del arcón mi cinta púrpura y me la colocó en el cabello sujeto con una redecilla. Contemplé satisfecha el resultado en el espejo de cobre. Miré a Glauca y asentí agradecida.

–Querido amigo –abrió mi padre los brazos para recibirlo en el triclinium, y se estrecharon agarrados por los antebrazos–, por favor –y le indicó el lecho que estaba a su derecha.

Yo sonreía amable por igual a ambos, tensa por si pudiera rebelar mis sentimientos a los allí presentes. Mi madre se reclinaba junto a mi padre.

Secundio secaba los pies a Lucio Aelio y a su hijo que acababa de lavárselos. A continuación, se reclinaron en sus lechos.

Los cojines y colchones estaban cuidadosamente dispuestos, tal como le había indicado mi madre, para hacer confortable la posición, algo elevada la zona del torso de forma que facilitara llegar a la mesa. Los manteles pulcramente extendidos cubrían la mesa cuadrada de mármol. Mi padre ocupaba la cabecera.

Apoyada sobre el codo izquierdo permanecía en el lecho izquierdo al de mis padres, de forma que, al otro lado de la mesa, frente a mí, se reclinaba Julio. Con el aguamanil Secundio se acercó a todos los comensales antes de que sirvieran los entremeses: lechuga, aceitunas; las entradas eran frugales: huevos, caracoles, cebollas y calabazas.

El plato principal, en homenaje a nuestros anfitriones, fue el pescado en salmuera. Para completar, pastel de espelta regado con vino melado.

Mi padre deseaba una cena ligera y modesta, la glotonería de algunas familias que por alianzas matrimoniales habían entrado en la élite de Munigua se habían convertido en muestra de mal gusto, el exceso de sus cenas y la invitación a las mismas requerían estómagos y maneras sin escrúpulos.

Mi madre solicita a Secundio que vierta agua perfumada sobre sus manos, tras los entrantes, con la otra mano le extiende una toalla seca. Los invitados la imitan.

El vino… yo prefería su fruto, como un secreto por descubrir, terso y suave, jugueteo con una uva entre mis dedos, se me resbalan los ojos hacia Julio que, en un instante imperceptible, mientras escoge una también del plato con los dedos, me sonríe. Introduzco la uva en la

boca, exprimo su jugo que, inundando las pupilas, se esparce como una lluvia fresca y limpia hasta el encuentro con sus semillas, recordándonos que todo placer es efímero, pero nos queda su recuerdo.

¿Será Julio como las uvas? ¿Seré yo la promesa del dulce vino para él?

Secundio colocó en el centro de la mesa las imágenes de nuestros lares. Mi padre ofreció las primeras libaciones.

– ¡Oh, vosotros, dioses penates! Que guardáis nuestras despensas, recibid estas ofrendas y así con nuestros allegados aquí presentes bendecidnos para que podamos seguir honrándoos como hasta ahora. Bebamos, pues. La vida es como el vino: amarga y dulce.

Al retirarnos, dejamos algunos manjares para los dioses del hogar: racimos de uva, pasteles de harina, tarros de miel, pues ningún lugar sagrado debe quedar vacío.

Julio se volvió antes de marcharse en un movimiento discreto, apenas perceptible, desvió la mirada hacia mí.

Despliega su frente como una estera y el futuro se abre como un horizonte recién fabricado. Y quedo muda ante mi propio vértigo. La luz se vuelve formidable, indulgente y no hay nada execrable en mí. La pesadumbre de lo humano despega el vuelo.

Capítulo 46

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

No sabría decir si el olor que me llegaba era desagradable o, simplemente desconocido, lo cierto es que era imposible obviarlo así que me condujo hasta la cocina. Mi sorpresa fue ver la espalda de Elsa, en vez de la de Úrsula, nuestra cocinera. Se movía afanada, algo confusa diría yo en sus movimientos. Carraspeé para no asustarla.

–¡Ah!, ¡qué oportuno, Valerio!, acércame aquel cuenco, por favor.

–¿Las recetas de Apicio? –curioseé por encima de su hombro a una distancia prudencial.

–*De re coquinaria*. La cocina de los patricios –esto último lo acompañó de unos ojos tan abiertos que parecían querer salir, alzamiento de cejas y contoneo de hombros.

–Pues no parece un olor imperial.

–Eso es porque aún no he aderezado el bacalao con las especias.

–Mira, Úrsula conoce un herbolario, ¿no es fantástico?

Cogí las bolsitas cuidadosamente alineadas y leí las etiquetas adhesivas: cilantro, orégano, comino. Otros frutos secos estaban servidos en cuencos: piñones, dátiles, pasas, almendras y nueces. Un tarro de miel y otro de salsa de soja completaban los ingredientes colocados sobre la encimera.

–¿Qué hierve en la olla?

–Seso de ternera.

No pude disimular el gesto.

–Apártalo y deja que se enfríe mientras yo preparo estos higadillos de pollo.

Al escurrirlo vi los huevos duros, me reconfortó ver algo que me gustaba junto a una tarrina de requesón.

Unos minutos después íbamos añadiendo a la cazuela los ingredientes: el seso, los higadillos y corazones de pollo, los huevos duros y el requesón.

–Y ahora trituro los 12 granos de pimienta –recitaba para sí misma en voz alta, pero me gustaba la familiaridad con que me estaba tratando en la cocina–, orégano, una baya de ruda, pásame la miel, por favor, y el vasito de Marsala. Añado el aceite y ¡a esperar!

–¿Cuánto tiempo?

–Dos horas.

Estaba deleitándome en que transcurriría ese tiempo charlando con ella, entre fogones, confesiones y vino dulce cuando vino a pedirme:

–¿Tienes prisa?

–Para nada –respondí con el corazón alegre.

–Pues solo tienes que removerlo si ves que se pega. Tengo que ir a mi habitación y terminar el informe de esta mañana, ¿podrías?

–Sí, claro –disimulé mi decepción.

Me vi frente a una sustancia que chapoteaba grisácea en la olla, el olor se había disimulado un poco, lejos de ser reclamo para apetitoso manjar. Cogí unos piñones y me serví un vasito del vino italiano.

Solo esperaba que Úrsula hubiese dejado preparado algo para la cena.

Capítulo 47

El imperio, septiembre del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Ubi tu Gaius, ego Gaia.

Mis cabellos habían sido recogidos anoche en una redecilla roja. El cinturón de lana, que llevara mi madre, ceñía hoy mi túnica y el hermoso manto azafrán caía majestuoso hasta rozar las sandalias de semejante color. El tocado vestal, seis roetes trenzados postizos superpuestos, estaba cubierto por el velo anaranjado.

–Como la puesta de sol antes del encuentro con la noche, así se cubre tu rostro, hija, con este velo hasta vuestro lecho nupcial.

Y seguidamente colocó la corona de mirto y flor de naranja sobre mi tocado envolviendo de suave aroma la estancia.

Julio llegó solo, sin comitiva, como yo. Nos dirigimos al santuario. El cerdo fue inmolado como tantas veces lo fueron otros en honor a Ceres. Pero el augur nos miró horrorizado tras contemplar las entrañas del animal. Los dioses no bendecían nuestra unión.

Ubi tu Gaius, ego Gaia. Desperté sudando. La túnica estaba empapada.

Nuestro juramento nunca sería pronunciado.

SEGUNDA PARTE

"¿Qué es la muerte?, porque si se la mira a ella, exclusivamente y se abstraen, por división de su concepto, los fantasmas que la recubren, ya no sugerirá otra cosa sino que es obra de la naturaleza". Meditaciones, Libro II, Marco Aurelio.

Capítulo 48

El Imperio, año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Mi padre salió con premura del tablinium, buscaba nervioso a mi madre. Volvieron a entrar y, pese a que cerraron, oí a mi madre invocar a nuestros antepasados.

El mensajero se mantuvo en la puerta en actitud respetuosa. Por su gesto, el asunto debía revestir enorme gravedad. Aguardaba respuesta.

Mi padre volvió a salir, se acercó al dintel y en un tono casi inaudible pronunció algunas palabras. El chico asintió con una leve reverencia y se marchó con premura.

Los ojos de mi padre se cruzaron con la curiosidad de los míos. Inspiró abriendo las aletas de la nariz. Despegó los labios para decir algo, pero se arrepintió, los apretó y volvió a sus aposentos.

–Madre –la espeté.

–Tu tío Lucio ha muerto –y precisó adelantándose a mi pregunta–, lo han asesinado en su propia casa.

Quinto Aelio Vernáculo acudió aquella tarde a nuestra casa. Habló con mi padre. Hoy todos susurraban y mantenían conversaciones que parecían más una conspiración. Temían lo que estaba por venir. Una desgracia había salpicado a nuestra familia. Había que hacer justicia y recuperar nuestro estatus. Mi tío se había ido granjeando numerosos enemigos por su actividad y carácter. En la mente de todos rondaba la misma idea: No iba a ser fácil dar con los responsables.

Pero fue un nombre el que desató mis miedos. En la puerta Quinto Aelio se despidió de mi padre, su mirada se había cruzado antes conmigo, entendí que hablaríamos en otro momento.

Antes de que el sol se ponga lo sabré, hablaré con Lucio Aelio.

Capítulo 49

"Pues la mayor parte de las cosas que decimos y hacemos, al no ser necesarias, si se las suprimiese reportarían bastante más ocio y tranquilidad". *Meditaciones,* Libro IV

Me dirigí a la cocina. Los rumores habían empezado antes de lo previsto.

–Uno por uno, han interrogado a todos los esclavos y libertos –Poncia descabezaba perdices mientras lo contaba aumentando la intriga de la cocinera–, la mina permanece cerrada.

–Razones tenían de sobra –unas gotas de sangre fresca salpicaron la túnica de la cocinera–. Lástima que no hubiera ocurrido antes –dijo mientras se limpiaba con repulsión la que le había manchado la cara–. Las últimas palabras quedaron en el aire y reanudaron sus tareas simulando no haberlas pronunciado ni oído cuando entré.

Al día siguiente pude hablar a solas con Quinto Aelio Vernáculo.

–Tendrán que averiguar quién fue la última persona a la que vieron salir de su habitación, ¿no?

–Ya lo han hecho –su pausa era tan inquietante como su mirada glacial–Fue Julio Aelio.

Una descarga fugaz como un destello me atravesó el costado, el suelo ya no era firme. Había empezado a resquebrajarse.

Calpurnia me escuchó pacientemente. Al final de mis palabras emergía el desconsuelo. Sabía lo mismo que los demás. Demasiadas coincidencias ajaban la imagen de Julio: las desavenencias en los últimos negocios los habían obligado a platicar más de los deseado por ambas partes. Mi tío era muy celoso de lo suyo, especialmente en lo referente a sus posesiones. No estaba dispuesto a dejar nada al azar, sus exigencias eran de todos conocidas. Ahora que había muerto intentábamos eludir términos ofensivos. Pero ni su propio hermano podía mirar a otro lado, pese a que tuvo que defenderlo en el senado ante otras acusaciones previas.

–Mi hermano es un tirano, mancha el nombre de nuestra familia

y yo tengo que limpiarlo ante los senadores por respeto a nuestros antepasados y a nuestro hijos –lo oí quejarse en una ocasión a mi madre.

Calpurnia habló con voz queda, como solía hacer cuando nos contábamos secretos de niña, me ayudaba a recapitular datos. Los esclavos habían oído a nuestro tío increpar a Julio.

–Te arrepentirás de esto –lo amenazó desde el dintel de sus aposentos.

–A ti, en cambio, no te queda tiempo ya para arrepentirte –afirman que le respondió Julio.

–Los criados pueden ser malintencionados o haber sido coaccionados por diferentes medios, no me imagino a Julio… –ahogué mis reflexiones, lo había visto en alguna ocasión fuera de sí, golpeando la pared con sus puños y me había asustado tanto que dudé si volver a verlo. Entendí que en esos momentos estas declaraciones no lo ayudarían.

–Coinciden en sus declaraciones varias personas, Quintia. Esas fueron las últimas palabras que cruzaron. Y las últimas que debió pronunciar nuestro tío.

–Estaba en su derecho, Calpurnia, a exigir pagos por adelantado para pagar a la tripulación y para asegurarse cierto margen de ganancia. Nuestro tío no estaba acostumbrado a ceder, para él se convertía en una derrota. Deseaba el control de cualquier asunto y el poder, recuerda las disputas con papá ¡con su propio hermano!

Mi hermana calló respetuosa. Yo proseguía con mi indignado lamento.

–Cualquiera pudo introducir el veneno en su copa, Julio no sería tan incauto, con tantos testigos, además, ¿qué ganaría él en todo esto?

Capítulo 50

"Pues, en cierto modo, todas las cosas se entrelazan unas con las otras y todas, en este sentido, son amigas entre sí" Meditaciones, Libro VI, Marco Aurelio.

Me dirigí al domicilio de Fabia Ursina, era la primera en enterarse de los rumores, incluso cuando aún se estaban gestando, sus libertos la mantenían al tanto. Quería cerciorarme de los que atañían al asesinato de mi tío. Y no había sido la única.

–Ya han estado aquí. Los citaron esta mañana –se refería a sus libertos. Siempre los trataba con respeto y afecto. Llamó a Psyche que seguía a su servicio.

–Sí, patrona, nos preguntaron sobre los contactos con los libertos del senador Lucio Quintio Rufo. Como usted sabe, patrona, son pocos… –y agachó la cabeza en actitud de espera.

Fabia me miró y enarcó las cejas. Callaba por respeto a la memoria de mi tío. Casi todos sus esclavos morían en la mina. Eran muy pocos los que conseguían la condición de liberto o lo hacían muy tarde, ya enfermos y ancianos.

–Sí, patrona, Marco se quedó allí, decían que podía serles de ayuda. Los demás volvimos a nuestras tareas.

Marco era el más veterano. También, el más respetado. Si alguno de los libertos de mi tío sabía o había dicho algo, con toda seguridad habría llegado a sus oídos. No mucho tiempo después, volvió a abrirse la puerta. Fabia me había agasajado con algunos higos y unas uvas. Era Marco.

Respondió pacientemente a las preguntas de Fabia Ursina. Yo solo le formulé una. No titubeó en su respuesta.

–Julio Aelio, señora.

Capítulo 51

"*…Ver lo que se debe hacer, cosa que no se consigue con los ojos, sino con una visión distinta". Meditaciones,* Libro III, Marco Aurelio.

La desolación era tan profunda que requería renombrarla. El consuelo solo vendría por dejar hacer a los dioses. Debía sobreponerme a mi voluntad. Ver. Ver con otros ojos. Los de la razón eran engañosos, ¿cómo podía seguir, si no, amando a Julio? ¿Su vanidad era tan desmedida como para cometer un crimen por muchos deseado?

Era tiempo de no hacer, pero ¿y si los magistrados no lograban discernir correctamente? Si erraban, el futuro de Julio quedaría cercenado para siempre y el de sus descendientes. Si, por el contrario, quedaba impune, la familia Quintia pasaría a las venideras generaciones deshonrada.

Pisaba cristales rotos, fragmentos diminutos casi invisibles que salpicaban el suelo de mi aposento. Angustiada pedí ayuda. Julio apareció blandiendo su desafiante sonrisa y portando en la mano un puñal limpio y con punta roma. Desperté envuelta en un sudor pegajoso. Abrí las ventanas. La constelación de las pléyades anunciaba la primavera. Las seis hijas de Atlas reunidas en el lomo de Tauro brillaban fascinantes. La séptima, condenada a la oscuridad por haberse unido al mortal Sísifo, no lucía para nuestros ojos, pero estaba allí, ¿qué me ocultaban los dioses? O, más bien, ¿qué no lograba ver?

La noche era aún temprana. Volví a invocar el sueño. Un sabio ataviado con blanca túnica me mostraba un poema, me insistía, debía leerlo pues jamás habíase escrito nada igual, mas la lengua era desconocida. Yo me esforzaba, pero seguían siendo signos crípticos.

–Conoces esta lengua, Quintia.

Angustiada negaba avergonzada por mi ignorancia. Cuando desperté aún recordaba sus últimas palabras: "No mires con los ojos, solo alcanzan hasta donde llega la luz".

Capítulo 52

"Introdúcete en el guía interior de cada uno y permite también a otro cualquiera que penetre en tu guía interior". Meditaciones, Libro VIII, Marco Aurelio.

Temía la verdad. No reuní el valor para formular una pregunta sencilla pues mentirme era decirme adiós y no estaba preparada. Aún.

Yo, que tantas veces descifré en sus ojos lo que sus labios no pronunciaban, no osaba ahora mirarlos. Si se volvían una ciénaga inescrutable, ¿cómo podría seguir confiando en él?

Julio entró. Buscó mi mirada que era esquiva. Enarcó las cejas. Contuvo la respiración y se marchó.

Sentí más su distancia que mi propia soledad.

Capítulo 53

"El hombre que miente voluntariamente es impío, en cuanto que al engañar comete injusticia" Meditaciones, Libro IX, Marco Aurelio.

Habían pasado varios días desde nuestro último encuentro. Continuaba mis investigaciones. Deseaba ser justa, con él, conmigo misma, con la memoria de mi tío y la reputación de mi familia. Debía comenzar por el principio. Así que me dirigí a casa de mi tío. La tensión y el desconcierto se palpaban desde el dintel. Recibí los formalismos que correspondían a mi condición de familiar del fallecido. Los criados y libertos se mostraron respetuosos y daban muestras de inquietud. Hasta que se resolviera el crimen todos eran sospechosos, a la vez, debían mostrarse tristes y compungidos por haber perdido a su amo.

Todos mentirían si fuera necesario, no podía confiar en ninguno de ellos. Se les había enseñado, educado y exigido la mentira por costumbre como mero acto de supervivencia. ¿De qué servía hablar entonces? Si la comunicación entre los seres humanos se asentaba en una mentira tras otra…ya no merecía hablar.

Capítulo 54

"El hombre mejora y se hace más merecedor de elogio, si utiliza correctamente las adversidades". Meditaciones, Libro X*,* Marco Aurelio.

Mi tío no tenía herederos. Nunca contrajo matrimonio. A su vez él era el único descendiente de Lucio Quintio Rufino, su tío, quien le había dejado la mina.

–Fulvio, empresario minero de Itálica, ha sido llamado a declarar –revisaba los acontecimientos con Calpurnia

–¿Fulvio?, pero si su reputación es intachable.

–Sí, pero podría haber tenido intereses en la muerte de nuestro tío para extender su empresa y el control sobre las minas del valle del Betis.

–Las presiones y contactos de la familia Aelia están protegiendo de momento a Julio.

–Sí, de todos modos, el propio Lucio Fulvio ha ido a declarar en su defensa como antiguo esclavo y ahora liberto –le aclaré–, así que continúan las pesquisas.

–Las autoridades tendrán que indagar.

–Algunos senadores le habían ofrecido importantes sumas de dinero por la compra y explotación de la mina, esclavos incluidos –seguí informando a mi hermana.

–¿Se ha sabido ahora?

–Más bien, se ha hecho público ahora. Era de todos conocido la negativa de nuestro tío a vender su mina.

–Por eso ha venido hoy Fulvia.

–¿Fulvia ha estado aquí? –lancé sorprendida a mi hermana.

–Sí, quería hablar con nuestra madre. Fue cambiando el despecho inicial por las disculpas. Años atrás su esposo, Lucio Aemilio Pudens fue uno de esos senadores. Por lo visto, ante su insistencia, nuestro tío accedió a un encuentro con él. No trascendió lo que

hablaron. Volvió a plantearse la cuestión cuando, fallecido este, su hijo lo intentó de nuevo. Nuestro tío debió despacharlo en los mismos términos y se olvidó la cuestión hasta hoy. Fulvia no entendía por qué había sido este llamado a prestar declaración ni quién había podido dar testimonio de aquellos dos discretos encuentros de negocios.

–¿Algún esclavo? –iba adentrándome en aquella maraña y quería saber.

–Sí, puede ser. El pretor los está llamando a diario, debido a la explotación y condiciones infrahumanas en las que vivían y trabajaban en la mina, no sería extraño que hubieran deseado hacer justicia… –Calpurnia no deseó acabar su razonamiento.

Me quedé dubitativa unos instantes y sugerí:

–¿O alguna esclava?

Capítulo 55

"Porque el destino asignado a cada uno está involucrado en el conjunto y al mismo tiempo lo involucra". Meditaciones, Libro III, Marco Aurelio.

–Lucio, necesito hablar con alguno de tus esclavos.

Confiaba en Lucio Quintio, mis intuiciones no iban desencaminadas. Uno de ellos me indicó que la esclava Rufina había sido la que mencionó a la familia Pudente ante los magistrados. Ella había servido un refrigerio el día del encuentro con Lucio Aemilio padre.

–Imposible. Rufina lleva tan solo un año –me aclaró Saltio, liberto de Fabia, antiguo esclavo de mi tío–. El patrón la compró, se encaprichó de ella nada más verla. Pagó mucho más de su valor. No trabajaba aquí cuando se produjeron los encuentros con la familia Aemilia.

Cuando le pregunté qué opinión le merecía Rufina, no necesitó reflexionar.

–Es vaga y embustera. Todos sabíamos lo que obtenía del patrón. No la juzgo, tenía motivos y estaba en su derecho. Pero ninguno de nosotros era culpable de su situación. Sabíamos que podía traicionarnos y solo los dioses sabrán lo que urdió en el lecho del patrón. Nuestros comentarios no estaban a salvo en posesión de Rufina. Aprendimos a utilizar nuestros códigos para que no nos entendiera.

Le mostré la transcripción de la tablilla de cera. Leyó para sí.

–¡Por Plutón! ¡Que se la trague la tierra! –exclamó con una sonrisa ladeada.

–No entiendo, ¿sabes quién es B. I.? –le interrogué confusa.

–Conocía nuestro código entonces –pensativo acariciaba su barba recortada–. "Tibi terra levis. B. I" –leyó la tablilla con una sonrisa maliciosa–. Es su condena. Debió escribirla de su propia mano aquella mañana. Tu tío no entendería nada. B es el sobrenombre que le teníamos puesto para hablar de él sin mencionarlo "Brutus".

Hubiera sido capaz de traicionar al propio César.

–Entonces la I… –seguía el curso de mi pensamiento en voz alta –de Idus.

–Era la maldición que le deseábamos cuando trataba mal a alguno de nosotros –asintió Saltio–, hecho que ocurría a menudo.

–Dices que lo escribiría Rufina pero… esta grafía… –dejé sin acabar mi afirmación, no quería ofender a Saltio, al fin y al cabo, también había sido esclavo como lo era ella.

–Cierto, solo algunos esclavos sabemos leer –volvió a acariciarse el mentón.

–Así que no actuó sola –me apresuré, quería recabar toda la información que pudiese.

–No, pero ¿quién la ayudó? –elevó los ojos hacia mí, trasmitiéndome su duda, la misma que me surgía ahora, ¿quién odiaba a mi tío tanto como para aliarse con Rufina?

Capítulo 56

“Pues no llevarás a feliz término ninguna cosa humana sin relacionarla al mismo tiempo con las divinas, ni tampoco al revés”. Meditaciones, Libro III*,* Marco Aurelio.

Será olvidado tu nombre, como todo lo perecedero, ¡Oh, desdichado Lucio Quintio Rufo! ¿Acaso pensaste que los dioses te permitirían alcanzar la gloria sin tributo alguno?

¿Qué poderosa acción te ha mudado ante mis ojos?

Como abrasa el esplendoroso sol en la hora del mediodía,

Como la luna deja de brillar y se esconde en la ladera,

¡Oh misterio! ¡Oh desafío para los sabios!

Así se ha eclipsado mi amor.

Solo el que arrojó las constelaciones al infinito cosmos, podrá responderme.

Quiero una vida vivida, no pensada, no soñada, y tú no puedes dármela, Julio. ¿Acaso puede el agua ser retenida entre los dedos?, ¿puede el sol retardar su salida?, ¿la paloma dejar de ser paloma?

Capítulo 57

"Que el pueblo tenga los diez tribunos que él se ha creado para socorrerla contra la violencia; que su prohibición, que sus proposiciones al pueblo, sean ley; que sean inviolables, y que nunca quede el pueblo desprovisto de tribunos". Cicerón

Mi padre, como representante de la familia Quintia, denunció los hechos ante el pretor. Munigua pertenecía al Conventus hispalensis así que serían los pretores los que elegirían un jurado una vez apresado el presunto autor de los hechos.

–La justicia romana llega a todos los lugares del Imperio. También, a Munigua –afirmó el pretor a modo de respuesta.

Me consta que en ningún caso fue pronunciado por mi padre el nombre de Julio Aelio y que fue él quien en su rectitud jamás creyó a los que proferían ese nombre en lo referido a su hermano.

Nadie lloró la pérdida de mi tío; nadie, excepto mi padre.

–A pesar de todo, era mi hermano.

Había envejecido repentinamente, sus sienes habían encanecido y sus andares parsimoniosos acusaban la falta de descanso. La culpa pesaba demasiado. Sus hombros tenían que soportar ante los senadores los reproches taimados que le eran lanzados.

Libro VI.

–Nunca antes vi tal interés por hacer justicia.

El aire se volvía oneroso cada vez que se mencionaba el asesinato de mi tío. "Lo ocurrido" era la expresión que acuñaron los esclavos, primero, por miedo; los familiares y amigos, después, por respeto.

–Recurriré a mis contactos en Itálica. Pediré ayuda a Marco Julio Cándido.

Una barbarie contenida, como de jauría hambrienta antes de la presa, se gestaba. Mi tío no era el único en la colina que gestionaba los negocios de la mina, así como a los esclavos que la trabajaban.

Temían que los dioses hubieran comenzado a hacer justicia a través de un enviado, el mismo asesino seguía libre, ¿quién sería el próximo?

–No podemos dormir tranquilos –manifestó cierto senador. ¿Y si es el comienzo de una rebelión de esclavos?, en otras zonas del imperio ya ocurrió –planteaba otro a mi padre.

–¿Y si los lidera el asesino de Lucio Quintio Rufo? –azuzaba un tercer miembro del senado.

–Senadores, solo puedo deciros que durmáis tranquilos, se hará justicia, se encarcelará al culpable, el asunto está en manos de los pretores –las palabras de mi padre no los tranquilizaba pues él mismo dudaba de ellas.

Si se quedaban sin sospechosos, embestirían a Julio Aelio, a pesar de la protección de mi padre.

Capítulo 58

"Ten presente que tienes dotes naturales para soportar todo aquello acerca de lo cual depende de tu opinión hacerlo soportable y tolerante, en la idea de que es interesante para ti y te conviene obrar así". Meditaciones, Libro X, Marco Aurelio.

Julio se había negado a aceptar defensa externa, suponía inferir que había atisbos de culpabilidad, argumentaba. Era inocente. Nada tenía que ocultar.

–No lo entiendes. Mi tío pertenecía a la oligarquía de nuestra ciudad. No puede quedar impune su muerte. Alguien pagará por ello. A los cuestores no les importará quien sea. Serán severos e implacables. Un escarmiento a la plebe.

–Soy inocente.

–Aunque lo fueras, necesitan a alguien.

–¿También tú les crees? –se mostró más apesadumbrado que receloso. Callé por unos instantes.

–Lo que yo crea no importa, Julio.

–Solo tienen testimonios de esclavos y libertos, no les creerán.

–A menos que detrás haya otros senadores interesados… hombres llenos de ambición.

–No tengo enemigos.

–Todos tenemos, aunque no lo sepamos. Y podemos ser nosotros mismos. ¿Puede tu vanidad llevarte tan lejos? –mis palabras le hirieron, vislumbró mis reproches.

–No hay defensa más poderosa que la verdad –aseveró irguiéndose.

Callé.

–¿Qué tienes que decirme? –arrojó su pregunta con ira contenida.

–Temo que seas culpable –mi voz casi trémula hubiera querido

confesarle que seguiría amándolo, pero algo me oprimía la garganta.

De todas las miradas que crucé con Julio desde que nos conocimos aquella es la que siempre vuelve a mí. Hubiera deseado que me escupiera sus palabras, el silencio de su mirada, un inmenso vacío que se abrió entre nosotros, me dolió más que su marcha.

No volví a ver a Julio hasta el día de la sentencia.

Capítulo 59

"La maldad del vecino iba a ser ciertamente mal mío, cosa que no estimó oportuna Dios, a fin de que no dependiera de otro el hacerme desdichado" Meditaciones, Libro VIII, Marco Aurelio.

Durante los meses siguientes me dediqué por completo a una sola tarea: conocer la verdad y hallar una defensa para Julio.

Superada la repulsión inicial que me causaba todo lo relacionado con el asesinato en sí, con la extirpación de una vida de manera arbitraria, ejecutada por el hombre sin opción alguna de redención para el difunto, procedí a repasar meticulosamente todo lo recabado. No desdeñé ni siquiera lo aparentemente superfluo. Julio era inocente. Dejándome llevar por mi instinto llegué a esa conclusión, pese a que todos los de mi alrededor iban asumiendo lo contrario. Indiferente a la investigación de los pretores, proseguí con mi cometido.

–Quizá este crimen pertenece a la justicia divina –se atrevió Lucio Fulvio a pronunciar.

–Los dioses en los que yo creo no proceden así. No expía los pecados de otros un inocente.

–Pero, Quintia, Julio… –inacabadas quedaron sus palabras.

–Es inocente, no lo olvides. Julio es inocente, así lo revelaron los dioses en el sacrificio de la paloma.

El sacerdote no volvió a proferir la acusación.

–Está bien, Quintia –Lucio Fulvio dilató intencionadamente una pausa y soltó los hombros como si los liberara de una enorme presión–. Te ayudaré, si es lo que quieres.

Capítulo 60

"¿Y qué tiene de malo o extraño que la persona sin educación haga cosas propias de un ineducado?" Meditaciones, Libro IX*,* Marco Aurelio.

Repasé todos los testimonios, volví a casa de Fabia Ursina.

–No es molestia, Quintia. Avisad a Marco.

Marco no disimulaba que se sentía molesto, incómodo por mi presencia.

–Ya contesté en su momento, señora: Julio Aelio.

–Repites testimonios de otros, pero quién en concreto lo oyó proferir aquellas amenazas.

–No sabría decirle, señora. Los esclavos hablan.

Acudí de nuevo a casa de mi tío, las afirmaciones ya no eran tan contundentes, ahora que el pretor estaba detrás de las investigaciones eran más cautos.

Nadie afirmaba con rotundidad haber oído con exactitud aquellas palabras.

Se fueron desvaneciendo entre murmullos y falsas acusaciones. Unos se desdijeron, otros apuntaban a ciertos esclavos. La deslealtad y la mentira comenzaron a aflorar.

–Usted le dirá al pretor, señora, que no oí nada, ¿verdad?, que no fui yo quien acusó a Julio Aelio –alguien hablaba movido más por el miedo que por un sentido de la justicia.

–¿Quién señaló las palabras que atribuían un hecho tan reprobable a Julio Aelio? –ignoré su petición, quería mostrarme implacable amparada en que, siendo su sobrina, quería justicia.

–En realidad, Rufina fue la que lo delató ante la cocinera y ella a mí en la intimidad –hizo una pausa algo azorado de haber revelado su relación.

Rufina acudió solícita, pero sus ademanes más que estudiados no pudieron engañarme. Tras la simulada sumisión se ocultaban el

despecho y las aspiraciones frustradas.

–Jamás proferí tal acusación. Solo repetí las palabras que había oído pronunciar a Julio Aelio al salir de los aposentos del amo –se defendió la esclava.

–¿Por qué estabas allí?, ¿No tenías a tu cargo el ala norte y la zona del triclinium? –interrogué con astucia, sin tener constancia de ello, sospechaba que no había estado siquiera allí.

–Eh –por primera vez, titubeó–… debía revisar unos documentos en sus aposentos.

Rufina era cauta y rápida pero no dejaba de ser una esclava acorralada.

Julio no se había cruzado con nadie salvo con un mozo joven que traía un recado para mi tío. Debía encontrarlo. El testimonio de Rufina no se sostendría. Además, ella no sabía leer.

Acudí a casa de Fulvia. La familia Aemilia solía mantener algunos negocios menores con mi tío, quizás ella podría ayudarme.

–Hay dos mozos que suelen llevar nuestros recados, creo que mi hijo podrá decirte quién es el que acudía a casa de tu tío.

–El joven Marco –no dudó.

Marco no se encontraba allí, volvería no mucho tiempo después. Dejé dicho que acudiera aquella tarde a nuestra casa.

–No vi a nadie, señora. Sí, estoy seguro. Solo vi a Lucio Quintio y a Julio Aelio. No, ni siquiera escondido en el dintel pudo alguien oír nada puesto que Julio Aelio salió en silencio de allí. Sí, señora, “Te arrepentirás de esto” y se encerró en sus aposentos.

Orillamos el asunto una tarde que no olvidaré. La incómoda sensación que se había apoderado de mí durante todo este tiempo se demudó cuando apareció Julio allá arriba, en el santuario.

La infamia y el oprobio habían causado estragos en su talle fornido. Escrupulosamente ataviado aguardaba el dictamen.

–No fui yo.

–Lo sé.

–¿Quién me odia tanto?

–No es a ti, es a mi tío. Vamos, tenemos que hablar con mi padre.

Capítulo 61

"Que la higuera haga lo propio de la higuera, el perro lo propio del perro, la abeja lo propio de la abeja y el hombre lo propio del hombre" Meditaciones, Libro X, Marco Aurelio.

Le conté a mi padre todas nuestras pesquisas. Mi tío le había estado prometiendo a Rufina, su amante, la manumisión hasta que ella se lo había exigido en el lecho. Él se la había denegado la noche anterior. Esa misma mañana adquirió el veneno en las inmediaciones del foro. Lo disolvió en el vaso que le acostumbraba a servir en la mañana y que él bebía recién levantado como único desayuno. Aquel día no bebió.

Sus planes se vieron alterados sin embargo Fortuna había querido aquella tarde brindarle una coartada inesperada: la visita de Julio Aelio. Y fue el sorbo mortal tras la agitación de la charla con él el que lo había despedido de la luz para siempre. Rufina, perspicaz hasta la crueldad, no tardó en urdir su plan. Con desdén hizo correr el rumor de las palabras de Julio Aelio: "A ti, en cambio, no te queda tiempo ya para arrepentirte". Unas palabras nunca pronunciadas por él pero tan repetidas por todos los habitantes de la casa hasta que ellos mismos creyeron en su veracidad.

Rufina había confesado. Dicen que se mostró altiva, que con desdén lo negó todo hasta que, expuesta la evidencia, colérica prorrumpió en un llanto desesperado. No había arrepentimiento en sus palabras, solo rabia por no haber llevado a buen término el plan trazado.

Pero Rufina no podría haber llegado tan lejos sola. No dejaba de ser una esclava.

El dato que faltaba en este macabro juego me lo había dado el propio Julio.

–No sabía que el senador Lucio Valerio Firmo nos apreciara tanto, pero se ha convertido en un gran consejero y ha mostrado ser un leal compañero de mi padre –comentó con cierta suspicacia.

–Sí, ahora que lo comentas, su sobrino Lucio Valerio Celerine

también ha acudido en los últimos meses a visitar a mi padre, a traer algún presente y a interesarse porque se haga justicia con el asesino de mi tío, incluso su esposa, Aelia Thallusa, ha enviado algún presente a mi madre a través de esclavos –me detuve en seco y, como si mis cavilaciones en voz alta le hubieran dado la clave, esbozó una enigmática sonrisa por primera vez en mucho tiempo.

–¿O no es tan leal? –Julio lanzó la pregunta mirándome con ojos chispeantes.

Envié a Quinto Aelio para no despertar sospechas a casa del miembro del senador municipal. Quinto había sido siempre una persona de confianza y continuaría siéndolo.

Todo encajaba.

Mi padre tuvo que sentarse. Suspiraba lentamente, como si con ello recuperara el vigor que había ido languideciendo desde la fatídica mañana en la que irrumpió en nuestras vidas la noticia.

–Eso explica su continuo interés por estar informado, así que él mismo cuando se fue viendo cercado filtró la sospecha para que Rufina pagara las consecuencias –mi padre iba cuadrando los datos que le habíamos ido dando.

–Sí, una mujer sola y asustada podría ser fácil de comprar a cambio de la libertad, fácil también de embaucar los otros esclavos tan recelosos con ella y respecto al amo tan… –aquí me detuve para evitar herir a mi padre con comentarios sobre su hermano.

–Sí, tan tirano, hija –mi padre concluyó mi afirmación–. Así el senador Firmo podría hacerse con la mina en un futuro no muy lejano.

–Nuestras sospechas del principio no iban desencaminadas, pensamos en Fulvia, la viuda de Lucio Aemilio Pudens, y su hijo. Solo que nos equivocamos de senador –concluí ante mi padre y Julio.

–Ahora, se hará justicia –sentenció mi padre alargando el brazo para estrecharlo al de Julio.

Los tres habíamos recobrado la serenidad tan perdida en los últimos días.

Capítulo 62

"La inteligencia y la razón pueden traspasar todo obstáculo de conformidad con sus dotes naturales y sus deseos […]porque los demás obstáculos, bien pertenecen al cuerpo, al cadáver […]". Meditaciones, Libro X, Marco Aurelio.

El cuestor dictó:

"Como Cayo Larcio Anulino ha solicitado en favor de Julio Aelio hijo que lo defendamos de la acusación recibida por el tribuno de la plebe Quinto Cecilio en contra de las leyes y de la costumbre de los antepasados, sin haber consultado los auspicios y habiendo dictado sentencia contra él sin pruebas concluyentes, de esta petición, el parecer de todos nosotros es el siguiente: Julio Aelio, conforme las pruebas presentadas, es inocente del delito del que se le inculpa. Por lo que queda exonerado desde este momento de cualquier cargo. Y para que así conste, Yo, pretor, Publio Cornelio firmo este documento".

De todas las condenas que puede cumplir un hombre, la más deshonrosa para él y su alma es la de morir sin ser llorado, dejar de existir en la memoria no ya de sus descendientes, sino de los suyos, de los de su tiempo.

Mi padre se compadeció de su hermano y mandó grabar un epitafio para conmover a los que lo leyeren. Ahora y en los siglos venideros.

"El destino implacable cercenó tus días, pero te dejó gozando de una fama imperecedera. Que nadie pase ante tu tumba sin que se le humedezcan los ojos, ya no vivirás anónimo entre los muertos porque tu memoria será más resplandeciente que el cobre de tus minas extraído bajo el sol. Tu fama llegará al cielo mismo porque se asentará en lo que has dejado. Que la tierra te sea ligera". "Para Lucio Quintio Rufo, de la familia Quintia, senador del municipio muniguense, por decreto del consejo local Marco Quintio Rufo, su hermano, puso este monumento".

Y lloramos. Quien leyera al piadoso Homero no se había contenido tanto como lo habíamos hecho hasta entonces. Lloró cada uno por lo suyo. Lloré por Julio, por mí, por lo que iba a dejar y por lo

que tendría que vivir sin él.

TERCERA PARTE

“Vete, pues, con ánimo propicio, porque el que te libera también te es propicio”. *Meditaciones*, Libro XIII, Marco Aurelio.

Capítulo 63

La excavación. Munigua, octubre de 1989

–¿Cómo estás? –le interrogué desde el marco de la puerta de su habitación, no me atreví a entrar. Elsa tenía los hombros caídos, algo cabizbaja y se apretaba nerviosa las manos. Por toda respuesta resopló.

–Sé Quintia, Elsa –me atreví a decirle, dudoso de que entendiera mi consejo.

–¿Cómo? –pareció salir de su ensimismamiento.

–Sal ahí ante esos eruditos y demuéstrales que sabes cómo actuaba, cómo se sentía, cómo vivía Quintia Flaccina, no una lectura pedante y cargada de datos, a eso ya están acostumbrados, vívelo, transmíteles esa pasión con la que has hurgado en todas tus fuentes. Sé Quintia.

–Soy Quintia, soy Quintia –se repitió cerrando los ojos, inspiró y espiró varias veces, fue soltando las manos que entrelazaba con ansiedad.

Cuando abrió los ojos había recuperado la seguridad en sí misma, incluso reconocí ese rictus que asomaba en el lado izquierdo de su sonrisa, que escondía cierta altivez. Irguió los hombros y comenzó a trenzarse el pelo.

No me atreví a interrumpirla. Solo permanecí de pie, quieto, aguardando. Sabía que comenzaría a hablar.

–Van a ver –hablaba casi susurrando, más para sí misma que para mí –¿qué se creerán? –había escuchado algunas críticas la noche anterior, en vano traté de persuadirla de que las alentaba la envidia.

Formó una diadema con sus cabellos trenzados y los recogió arriba. Se miró satisfecha y con seguridad se puso de pie. Me sorprendió con un cálido abrazo y un beso en la mejilla. Con paso seguro se dirigió a la sala donde iba a comenzar su ponencia.

Capítulo 64

Hubo un tiempo, mi tiempo, que parecía eterno, dispuesto a lo que yo quisiera hacer con él. El mismo que ahora se ha convertido en una maldición o en un don lleno de días, de horas, de minutos, de segundos de un tiempo que puedo estirar si deseo. Una maldición si es lo que resta hacia un final que no entiendo. Si aún no empecé lo que pretendía…

Wyat Earp es el hombre justo, su ley y orden se ciñen a un código único: el suyo.

–*No me gustan los linchamientos* –un incorruptible Burt Lancaster salva a Kirk Douglas de ser ajusticiado por los pueblerinos.

–*Te veré en Dog City* –le agradece Douglas.

–*Espero que no…*

Volverían a verse tiempo después, aunque en el vídeo hubieran transcurrido pocos minutos, disponer del mando a distancia era sentirse un pequeño dios, al menos había algo en mi vida que controlaba.

–*Sería mejor que empezara a cuidarse, lo veo muerto en menos de un año* –le aconseja Lancaster junto al fuego, en el desierto traicionero de cuatreros.

–*Qué le importa mi salud, predicador, esta clase de tos es muy rebelde* –Douglas se tapa con un jergón en el suelo, convulsionado por una tos cuyo origen conoce.

–*Y poco sano el ambiente de los salones, ¿por qué no se marcha a la montaña?*

–*Eso, jamás.*

–*Usted podría llegar a una edad avanzada.*

–*No, no quiero morir con lentitud* –Douglas, conocedor de la enfermedad que arrastra, niega con la cabeza.

–*Claro, es mejor de repente.*

–*Escuche Wyatt, lo único que me horroriza de verdad es morir en la cama* –el tono de Douglas se ha ido encrespando–*, no quisiera poco a poco. Algún día encontraré a alguien más ligero que yo y que acabe conmigo de un tiro, Eart, no le he acompañado para que me eche un sermón.*

Y volviéndole la espalda considera terminada la conversación.

–*¿Quiere hacerme caso de una vez?* –Lancaster retoma la conversación recurrente entre ellos mientras toman un whisky en una barra de salón de mañana–*, ¿por qué no ingresa en el hospital de Denver?, Si continúa así, solo vivirá un par de meses.*

–*¿Y abandonar esta buena racha? ¡Está loco!* –Douglas se defiende irónico, la noche anterior han acabado con los cuatreros en Ok Corral. Continúa tosiendo entre sorbos de whisky.

–*Hasta la vista* –Lancaster, dándose por vencido, sale del bar.

–*Adiós, predicador.*

Suena primero una lejana melodía*, ok corral…so cool, so still,* y alcanza más fuerza hasta que Lancaster cabalga solo*, here they lie side by side, aquí yacen tendidos los asesinos que murieron en el duelo de Ok Corral.*

Y así amanece para mí a las cinco, antes de que el mismo sol desee salir, para dilatar esas horas de las que dispongo. El nuevo día tendrá así más horas y podré ver ese mundo que para mí era antes tan cotidiano. Nombraba el mundo como se puede nombrar cualquier otra realidad. Ahora el mundo es ese objeto extraño, ese misterio que miro con ojos nuevos cada día. ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué tuve que hacer y no hice?

Y regreso a aquel verano del 89.

Capítulo 65

El imperio, septiembre del año 177 d. C., un año después del asesinato de Lucio Quinto Rufo

De todas las torpezas que he cometido, la que más desazón me sigue causando es la de no haber discernido la verdad. Quise castigar la vanidad de Julio prestando oído a las habladurías, como si así purgara la mía propia. ¿No es el hombre vanidoso por causa divina?, ¿no fueron los propios dioses quienes lo arrojaron a la tierra carente de todo atributo sobrenatural? Y, aun así, esgrimió la inteligencia contra las adversidades hasta coronar el mundo ¿no ha de ser vanidoso, pues?

Julio encarnaba el éxito, el triunfo sin oprobios, en su justeza. Expansivo como el Etna, transparente como el océano, de puro cristal su naturaleza como debió ser la humana antes de ser sometida a la prueba de los dioses. Pero no bastó.

He tenido que alejarme de las voces de los hombres para escucharte, ¡Oh, tú, Ceres! Revélame la luz que hay en mí y hazme instrumento de tu bondad, que brote como la simiente en primavera, convertida en esbelta espiga rubia al sol, meciéndose al compás del viento y de las últimas lluvias. Así acompase mi voluntad al destino que me habéis tejido.

Y partieron las naves, colmadas de esperanzas y deseos. Abandonados los errores en otros puertos, bogaban hacia el horizonte, aguardando vientos propicios para su empresa.

Mi corazón henchido de paz, de sal. Y el mar.

Capítulo 66

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

–Estoy segura. Quintia eligió. Eligió no sucumbir, eligió el valor, la calma y la confianza. ¿Cómo si no habría de enfrentarse a la vida que le aguardaba? –Elsa refería sus conclusiones, preparaba la ponencia y las últimas tardes me pedía que la escuchara para ensayar.

–Podría haberse quedado con él –hablaba por mí mismo, a veces pensaba en voz alta, de forma inconsciente quería que Elsa se diera cuenta de que yo era un hombre y estaba ahí.

–¿Y reprochárselo toda la vida a sí misma?, ¿Incumplir su promesa con el flamen, con ella misma, con los dioses? –Valerio detectó tal indignación en sus palabras, casi le temblaba la voz a Elsa, que entendió que no hablaba ya de Quintia. Era tan intensa. La vida lo era, sin duda.

Valerio suspiró, enarcó las cejas y asintió.

La amaba. Negarlo era perderse en laberintos absurdos por donde se les escurriría la fuerza. Valerio comprendió que de seguir así estaría perdido, perdido irremediablemente por su amor, por su deseo. Consciente de su vulnerabilidad tomó una decisión: transformaría aquel sentimiento, la amaría desde la amistad ante los demás; desde todo su ser, ante sí mismo. Valerio, que había creído que un atardecer entre las ancestrales ruinas del Imperio había valido todos los años de trabajo, él, que creía que su pasión estaría en aquellas piedras que le susurraban apasionantes historias desde la distancia, sentía ahora que su nombre estaba desgarrado, que lo más hermoso era perderse en el iris de Elsa, que de nada le servirían todos sus conocimientos, sus esfuerzos, sus anhelos. Él, que estaba dispuesto a recorrer solo el mundo, a adentrase en parajes un tiempo gloriosos, ahora deshabitados y expoliados. Él, estaba preso. “Valerio”, pronunciaba Elsa su nombre y hubiera descendido al mismo infierno sin preguntar.

¿Puede un hombre convertirse en solo una silueta de lo que creía ser?

Capítulo 67

El imperio, septiembre del año 177 d. C., un año después del asesinato de Lucio Quintio Rufo

Guárdate, Quintia, de la cobardía. La traición a uno mismo puede ser más devastadora. Que el destino sea aceptado como la tierra recibe la lluvia. Lejos del hogar no hay lugar donde guarecerse.

Así pues, lo opuesto a la vida es la muerte. El pulso latente del amor como antídoto. Y la vanidad … ese equívoco del amor a sí mismo.

Y tú, Julio. Os necesitamos para que nos seduzcáis, para adoraros, seguiros y, luego, para decirnos: fui más fuerte que tú, pude resistirme. Y donde sea pulsada una nota musical, donde comience una danza, donde la risa se eleve, donde se expanda el goce, allá, en el centro, como un eje que mueve a los demás, estará alguien como tú.

La caducidad de las cosas puede inquietarnos, tocarnos tan de cerca que duele, pero tú, Julio Aelio, hijo de Lucio Elio Fronto, no quieres detenerte. Reflexionar puede ser la antesala de un dolor consciente. El de estar vivos y comprender que dejaremos de estarlo. La incesante búsqueda de la vida en todas sus manifestaciones encubre tu cobardía. El océano, infinito, inconmensurable, te aguarda. Ve pues, yo seguiré mi rumbo. Todos mis caminos conducen a Córduba.

Sangra la luna. Casta Diana.

Como la tempestad antes de un mar en calma, como la tormenta antes de un claro horizonte, así fue tu llegada; así, tu marcha.

Y ya no tiemblo. He pasado la prueba de los dioses, le entregué parte de mi alma. Me cedió soplo de vida, ignorándolo. Generoso con los mortales como lo son las criaturas tocadas por la divinidad. Hermes, veloz, audaz, jovial e incansable.

Suena el cuerno desde la otra orilla del mar, música para tus oídos, otros cuerpos te esperan.

El carromato estaba preparado. Oculto en la maleza, tal como acordamos. Me aguardaba con los caballos enjaezados, un regalo nupcial. Acudí vestida de sacerdotisa. Comprendió.

Quise decirle que su amor me había salvado, que ahora entendía cuál era mi lugar, pero solo pude articular:

–Julio, voy al templo.

Y a punto estuve de abandonarme a mis deseos y subirme junto

a él. Mi corazón bombeando aún por la decisión y sus ojos suspicaces mirándome.

Agradecí que siguiera siendo nuestro ese lugar en el que nos encontramos, sin palabras. Íntimo y propio.

–Que la Fortuna te acompañe –y desanduve mis pasos temerosa de arrepentirme. No quise ver su rostro decepcionado incitando a los caballos, su espalda alejándose, las aves revoloteando sobre el sendero y las liebres alejándose a su paso.

Subí al templo de Podio. El templete estaba sin ofrendas. Oré.

Saqué los higos verdes, los últimos de la estación. Postrándome, los deposité en el ara.

Mi corazón aún doliente iba recobrando su espacio.

Los dioses me habían escuchado.

Capítulo 68

Septiembre de 2015. *Centauros del desierto*

He viajado por remotos lugares, rastreado ignotos yacimientos, me he adentrado en recónditos parajes ignorante de que era a mí mismo a quien buscaba. Tan lejos tuve que ir a encontrarme.

El insaciable viajero no era más que un hombre insatisfecho. El mundo debía ser algo más y esto que llamamos vida, tener algún sentido. De lo contrario…

–El hombre se ha quedado sin tiempo –sentenció el guardián del yacimiento de Munigua.

–¿Sin tiempo para qué? –pregunté.

–Para ser humano.

Comprendí aquella sentencia de Manuel, el guardián, años después.

El dintel de la puerta enmarca el horizonte rojizo, áspero y desértico que delimita un brumoso cielo azul entre las montañas rocosas de Texas.

En lontananza, se divisa una figura que cabalga regresando de la derrota.

–*¿Ethan?* –pregunta Aaron a su esposa. Un nombre y aploma todo el pasado ante ellos como extraído de una cantera.

Un apretón de manos sella el reencuentro entre los hermanos; un beso en la frente, el de Ethan y Martha, su cuñada, que cierra los ojos para retener ese instante dichoso.

–*Bienvenido a casa, Ethan* –ella lo invita a pasar, su mirada sugiere lo que sus palabras no deben pronunciar.

Martha huele a solas su casaca confederada, gris y escarlata tachonada de botones dorados, la acaricia en silencio con infinita ternura antes de entregársela y verlo por última vez.

Ethan es un buscador, excluido de la felicidad del hogar, de la seguridad familiar. Así lo ha elegido.

Regresé a casa. No había nadie para recibirme. Anhelaba el reencuentro, pero comprendí que era un espejismo creado para resguardarme de mí mismo, de mi soledad, de la paradoja en la que habitaba. Me había alejado para estar solo, sin embargo, era la soledad mi compañera. Creí que, huyendo de la ciudad, recuperaría mi lugar. Creí que se evaporaría esta sensación de vivir sin ser yo

mismo, vapuleado por los quehaceres cotidianos.

De las ruinas sagradas del santuario termal de Fortuna, junto a la Cueva negra, regresé cansado. Había ido a dejar mi ofrenda a las divinidades salutíferas, como lo hiciera aquel otoño con Elsa.

Acepté mi realidad: necesitaba más a los demás que ellos a mí.

Capítulo 69

La excavación. Munigua octubre de 1989

–Vente –una Elsa exultante se agarraba con familiaridad a mi brazo.

–¿Adónde, a celebrarlo? –íbamos por el pasillo los dos juntos, disfrutaba de aquella proximidad, la ponencia les había dejado muy interesados a los más entendidos; muy silenciosos a los que tanto habían objetado en días previos.

–Vente a Berlín. El Instituto Arqueológico de Berlín ha ofertado varias becas. Con tus calificaciones y el informe favorable de nuestro director tienes muchas posibilidades –Elsa se detuvo entonces, habíamos avanzado lentamente, mientras pronunciaba estas palabras en tono desenfadado mirando hacia delante, todavía enganchada de mi brazo.

–Es que…–mi cobardía tomó posesión. Comencé a objetar–. No sé alemán.

–Podrás estudiar allí, la beca incluye un curso para la inmersión lingüística –Elsa atravesaba con sus ojos los míos, se había soltado para colocarse en frente de mí.

–Mi madre…–titubeó, comenzaba a sentir ese sabor a ansiedad tan familiar que no era otro que el de mi miedo.

–¿Qué le pasa a tu madre? –me interrogó escudriñándome con la mirada.

–Se quedaría muy sola…–Una parte de mí se sentía libre, liviana, ¡Elsa!, era Elsa quien me proponía irme. La otra me repetía como una conciencia incómoda, estarás solo allí, Valerio, Elsa tiene su familia…

–Valerio, yo… –Elsa abrió la boca para seguir hablando, pero calló–. Como quieras, pero darías un gran impulso a tu carrera.

Aproveché entonces el embarazoso instante para entregarle mi regalo.

–¡Oh, Valerio! Pero ¡si es el tuyo! Sé el cariño que le tienes, no puedo aceptarlo –y mientras negaba con la cabeza abrió las *Meditaciones* de Marco Aurelio y leyó en voz alta mi dedicatoria: *“Y además recuerda que cada uno vive exclusivamente el presente, el instante fugaz. Lo restante, o se ha vivido o es incierto”.*

–Nadie mejor que tú sabrá valorarlo y yo estaré encantado de que lo tengas y te acuerdes de mí.

El aire se volvió denso, atiborrado de palabras no pronunciadas. Se volvieron hacia mí tantas emociones interrogándome con crudeza: ¿por qué crees que no te lo mereces, Valerio?

Capítulo 70

Octubre de 2015. *El último tren de Gun Hill*

–Soy Elsa, Elsa Hengel. No sé si te acordarás de mí –una voz desde el otro lado del tiempo estaba deshaciendo el hechizo–. Soy Elsa. ¿Hola?, ¿hay alguien ahí? –una rabia desde la amígdala del orgullo me invadió gritando "¿ahora?".

–Lo siento, se ha debido confundir de número –temblaba la mano al colgar el auricular, temblaban mis latidos y las piernas que me sostenían. Me senté en el sofá de piel desvencijado y sin posibilidad de recuperar su esplendor antiguo. Lloré. Sentí pena por aquel sofá que había presenciado tanta tristeza y soledad.

–*Matt* –Anthony Quinn grita invadido por la ira, desesperado ante el cadáver de su hijo.

–*Todo se ha acabado* –Kirk Douglas, controla la situación. Se ha hecho justicia, el que forzó y asesinó a su esposa ya no vive. Pero no fue él la mano ejecutora. La propia cobardía del joven cavó su final.

–*No todo, Matt.*

–*Se ha acabado, Craig.*

–*Te dije que te mataría. Ahora voy a hacerlo. ¡Dispara!*

–*No me obligues, por favor.*

–*¡Vamos, dispara*! –Quinn cae fulminado por el disparo.

–*Craig* –se acercó a su viejo amigo Douglas.

–*Matt, ¿Cómo se llama tu hijo?*

–*Petey*.

–*Petey* –repite Craig moribundo–. *Eso es. Edúcalo bien, Matt.*

El silbido del último tren rojo de Gun Hill indica que va a partir. Matt se sube sin apartar la mirada del andén, donde yace muerto el que fuera su amigo, Craig. Junto a él, una mujer arrodillada que aún lo ama.

Elsa. Otra vez, Elsa. Volvía la vida a brindarme una oportunidad. No había sabido resolverla aquel verano de 1989. Me sentía confuso, irritado, cansado.

El número de teléfono se había quedado registrado. Descolgué el auricular.

EL IMPERIO

La harina tostada con sal me ha sido entregada, la rama de un árbol puro cortada ciñe mis sienes como las del flamen.

Viví, elegí y amé. La vida continúa en Corduba, junto a mi esposo. Soy flamínica, venero a los dioses y a mis ancestros.

A veces, solo a veces, el aire húmedo me huele a sal, a Julio. Inspiro y sonrío agradecida.

Y me vuelven las palabras de mi maestro Lucio Fulvio: ilumina mentes, Quintia, la luz brota del conocimiento.

FIN

ACLARACIONES HISTÓRICAS

Quintia Flaccina vivió en Munigua, llegó a ser probablemente una de las sacerdotisas más poderosas de la Bética en la segunda mitad del siglo II. Se sabe que contrajo matrimonio con el flamen de Corduba donde se instalaría probablemente. Como heredero dejó a su amigo Quinto Aelio Vernáculo.

La casa en la que vive Quintia existió, pero pertenecía a otra familia de clase acomodada.

Lucio Fulvio fue sacerdote de Munigua.

Marco Aurelio fue emperador desde el 161 hasta el año 180, sucedió en el trono a Antonino Pío, su padre adoptivo. La emperatriz Faustina la Menor falleció en el invierno del año 175 o primavera del año 176 d. C, a los 46 años tras cuatro días de fiebre en Halala, la villa fue rebautizada como Faustinópolis. Tuvo más de 13 hijos. Entre ellos tuvo a Comodo, que llegó a ser emperador.

Durante los siglos II–III están documentado en Munigua los miembros de la familia Quintia: Lucius Quintius Rufinus, Lucius Quintius Rufus (ambos miembros del senado municipal), Quintia flaccina y Quintio Quintiano. Hemos establecido lazos directo de sangre de Quintia Flaccina con Lucius Quintius Rufus, convertido en su tío. Solo sabemos que pertenecían a la misma familia.

Servilius Pollio fue prestamista y cobrador de impuestos en el siglo I d. C así pues no pudo coincidir en el tiempo con Quintia.

De la familia Aemilia Pudente están documentados: Fulvia, esposa de Lucius Aemilius Pudens (miembro del senado municipal) y su hijo Lucius Aemilius Pudens.

La patrona Fabia Ursina y sus libertos: Mamercus, Marius, Tertius, Saltius, Psyche también existieron.

De la familia Aelia, tenemos constancia de Lucius Aelius Frontus.

Los hallazgos numismáticos citados sucedieron en la campaña de 1998, por necesidades cronológicas en el tiempo interno de la narración los hemos adelantado a 1989.

La casa en la que entra Quintia en Itálica es una fusión entre las halladas y conocidas como “Casa de Hylas” y “Casa del Patio Rodio”.

En la primera se halló el mosaico de Hylas y en la segunda, el de las cuatro estaciones y el de los tigres. La descripción del mosaico de Neptuno responde en realidad a un mosaico conservado en el Museo del Mosaico de Estambul.

Marco Julio Cándido fue pretor de Ítálica a comienzos del siglo III.

El resto de los personajes son ficticios, Julio Aelio, inclusive.

Quintia sueña que está de parto. En las *Matronalia* se explica que las mujeres parturientas deben rezar ante *Juno Lucina* arrodilladas con el cabello y los vestidos sueltos sin nudo para no ejercer influencia negativa en el parto. Juno Lucina recibe una ofrenda en su templo con motivo de cada nacimiento. Se ha encontrado en Cádiz un exvoto de una madre con su hijo. Los exvotos ofrecidos por las mujeres embarazadas a Ceres o Juno para un feliz nacimiento consistían en figuritas de recién nacidos envueltos en las características fajas presentes en diversos santuarios. Quintia porta en el sueño una gema. Las llamadas “gemas mágicas” podrían estar relacionadas también con partos, sin embargo, no se han hallado restos en Hispania. Son de fabricación oriental, algunas representan un útero a modo de una vasija globular invertida cuya boca está cerrada con una llave significando la apertura en el momento de dar a luz. Suelen estar engarzadas en anillos. Muy populares en el mundo mediterráneo romano con combinaciones de figuras mitológicas, simbólicas etc, con letras en caracteres griegos, se les atribuían poderes mágicos.

Las joyas que se coloca Quintia en el capítulo 45, así como el balsamario de Baco fueron hallados en Munigua, pueden contemplarse en el Museo Arqueológico de Sevilla.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, en primer lugar, a Ricardo mi conocimiento de las ruinas de Munigua, su entusiasmada narración de la ruta hasta hallar el imponente muro que se alza en la llanura de encinas, sus fotos panorámicas bajo cielos tormentosos despertaron en mí el interés que me guio hasta los libros del Profesor Schattner, a profundizar y a rastrear en la figura de Quintia Flaccina, la sacerdotisa más poderosa de la Bética en el siglo II d. C.

Agradezco a Jesús Joya sus detallados recuerdos sobre las excavaciones en las que participó en Mulva como arqueólogo becario años atrás, su colaboración ha sido fundamental para crear el personaje de Valerio.

Agradezco al profesor Schattner sus aclaraciones minuciosas sobre cualquier punto de duda que le planteaba, su amabilidad y sus extensos conocimientos en esta materia han arrojado luz en muchas de mis dudas.

Agradezco a la profesora Pilar Pavón sus aclaraciones en lo referente a la mujer, a las sacerdotisas en tiempos de la Bética, la bibliografía recomendada y su afabilidad para facilitarme información cuando se la he solicitado.

Agradezco a mis padres sus años de conocimiento y dedicación puestos a mi disposición. Sus correcciones, aclaraciones tanto en el mundo romano como en la conformación general de los personajes, así como en la trama han perfilado el resultado final. Agradezco a mi madre su minucioso rastreo en el análisis psicológico de los personajes, sus opiniones y críticas constructivas, siempre amorosas. Agradezco a mi padre la traducción de términos latinos así como los préstamos de su filmografía del western tan completa y generosa, la selección que realicé sirva de homenaje a los entrañables momentos en las tardes de sábado de mi infancia.

Agradezco a mi hija su entusiasmo, su admiración por lo que hago y su respeto al tiempo que le he dedicado a este libro, ella me hace ser mejor persona.

Agradezco a mis hermanos, que se mueven en el mundo racional, sus consejos y críticas (las constructivas y las demás).

Agradezco a mis tíos Ana y Curro su latente presencia en mi vida y su cariñosa valoración como lectores.

Agradezco a Juan Montes su colaboración, su tiempo para leer el borrador, para aclararme los puntos confusos, para ponerse en el lugar del lector desconocido que se acerca a la obra.

Agradezco a Paco Bonilla sus aclaraciones musicales para las descripciones de las bandas sonoras del western, tan épicas.

Agradezco especialmente a mi querido editor Jesús García García su siempre apoyo en el mundo digital, su paciencia y correcciones varias, sin él no sería posible llevar este texto a su difusión.

Cualquier error histórico, musical o cinematográfico, es solo aplicable a mi ignorancia, pues todas las personas antes citadas han sido generosas y pacientes con su tiempo y sus conocimientos.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

El Imperio, octubre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 2.

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 3

El imperio, febrero del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 4

Septiembre de 2014. *El árbol del ahorcado*

Capítulo 5

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 6

El imperio, marzo del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 7

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 8

El Imperio, marzo del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 9

La excavación

Capítulo 10

El Imperio, abril del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 11

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 12

El imperio, mayo del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio.

Capítulo 13

Octubre de 2014. *Solo ante el peligro*

Capítulo 14

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 15

El imperio, junio del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 16

Noviembre de 2014. *Johnny Guitar*

Capítulo 17

El imperio, julio del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 18

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 19

El imperio, agosto del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 20

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 21

El Imperio, septiembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 22

La excavación. Munigua septiembre de 1989

Capítulo 23

El imperio, septiembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 24

Enero de 2015. *Horizontes de grandeza*

Capítulo 25

El imperio, octubre del año 175 d. C.,siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 26

La excavación. Munigua, septiembre de 1989.

Capítulo 27

El Imperio, noviembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 28

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 29

El Imperio, diciembre del año 175 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 30

Febrero de 2015. *Duelo al sol*

Capítulo 31

El Imperio, enero del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 32

La excavación. Munigua, octubre de 1989

Capítulo 33

El imperio, febrero del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 34

La excavación. Munigua, octubre de 1989

Capítulo 35

El imperio, marzo del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 36

Marzo de 2015. *Los que no perdonan*

Capítulo 37

El imperio, abril del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 38

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 39

El imperio, mayo del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 40

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 41

El imperio, junio del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 42

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 43

El imperio, julio del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 44

Marzo de 2015. *Raíces profundas*

Capítulo 45

El imperio, agosto del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio.

Capítulo 46

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 47

El imperio, septiembre del año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

SEGUNDA PARTE

Capítulo 48

El Imperio, año 176 d. C., siendo emperador Marco Aurelio

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

TERCERA PARTE

Capítulo 63

La excavación. Munigua, octubre de 1989

Capítulo 64

Abril de 2015. *Ok Corral*

Capítulo 65

El imperio, septiembre del año 177 d. C., un año después del asesinato de Lucio Quinto Rufo

Capítulo 66

La excavación. Munigua, septiembre de 1989

Capítulo 67

El imperio, septiembre del año 177 d. C., un año después del asesinato de Lucio Quintio Rufo

Capítulo 68

Septiembre de 2015. *Centauros del desierto*

Capítulo 69

La excavación. Munigua octubre de 1989

Capítulo 70

Octubre de 2015. *El último tren de Gun Hill*

EL IMPERIO

ACLARACIONES HISTÓRICAS

AGRADECIMIENTOS

Siglo II d. C. Munigua, provincia de la Bética. La joven sacerdotisa Quintia Flaccina, prometida con el flamen de Corduba, conoce al comerciante Julio Elio, recién llegado de Roma. Los sentimientos pronto se desatan provocando un dilema en la futura flamínica. El asesinato de su tío, explotador de las minas de cobre de la provincia, y las dudas que se ciernen sobre Julio la colocan en una inesperada situación.

Siglo XX. En las excavaciones de Munigua, Valerio, un arqueólogo en prácticas aficionado al western, ayuda a su compañera Elsa, venida de Alemania, a rastrear para sus investigaciones la figura de Quintia. La decisión que tomó aquel verano de 1989 lo sigue condicionando, tantos años después.

Esta novela recrea la vida cotidiana del municipio romano de Munigua, la actual Villanueva del Río y Minas (Sevilla), convertida en el telón de fondo para imaginar la juventud de Quintia Flaccina, la que llegaría a ser la sacerdotisa más poderosa de la Bética durante la segunda mitad del siglo II d. C. Simultáneamente asistimos a la meticulosa labor arqueológica de uno de los protagonistas quien, desde su madurez, acude a desentrañar el pasado.

Roma e Hispania; amor y arqueología; pasado y presente se superponen en estas páginas envueltas en un homenaje al western. Una singular combinación que encontrará el lector en la narración envolvente de la autora de *Querido Vincent*.